

BOLSILIBROS



la dinamita de que hizo "pfff..."

clark carrados



La joven avanzó hacia el dueño de la casa, alta, exquisitamente ataviada, irradiando hermosura de la cabeza a los pies. Percy Rath estrechó la mano que ella le tendía y miró fijamente al fondo de aquellas bellas pupilas azules.

—Clarissa Curmont, supongo —dijo.

—Tienes muy mala memoria, Percy —rió la joven argentinamente, a la vez que le hacía un guiño disimulado—. ¿Ya has olvidado Capri, hace tres años?

Percy Rath chasqueó suavemente los dedos.



Clark Carrados

La dinamita que hizo «pfff...»

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1141

ePub r1.0

Titivillus 30-11-2019

Título original: *La dinamita que hizo «pfff...»*

Clark Carrados, 1972

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

La joven avanzó hacia el dueño de la casa, alta, exquisitamente ataviada, irradiando hermosura de la cabeza a los pies. Percy Rath estrechó la mano que ella le tendía y miró fijamente al fondo de aquellas bellas pupilas azules.

—Clarissa Curmont, supongo —dijo.

—Tienes muy mala memoria, Percy —rió la joven argentinamente, a la vez que le hacía un guiño disimulado—. ¿Ya has olvidado Capri, hace tres años?

Percy Rath chasqueó suavemente los dedos.

—Capri, es verdad —exclamó—. Pero hay una circunstancia que me ha impedido el reconocimiento al primer golpe de vista... Ah, perdona un momento, Clarissa. —El mayordomo, impasible, aguardaba en la entrada del salón—: Jermyn, tienes la tarde libre. No te des prisa en regresar.

—Muy bien, señor, muchas gracias —contestó Jermyn.

Momentos después, estaban solos. Rath vertió jerez en dos copas de fino vidrio tallado. Clarissa estaba en pie, junto a la enorme chimenea, en cuyo hogar ardían un par de buenos troncos.

—¿Qué miras, Clarissa? —preguntó Rath.

—El escudo de los Rathbourne. Es muy bonito e interesante —contestó ella. Se volvió hacia el dueño de la casa y sonrió—: El escudo de armas de lord Percival Rathbourne.

—Clarissa, demasiado sabes que no uso mis títulos —manifestó él—. Me limito a ser, simplemente, Percy Rath.

—Un verdadero caso de modestia, que no cuadra muy bien con esta casa —sonrió Clarissa—. El ambiente es magnífico...

—Y mis deudas también, querida. Pero... tengo que pedirte un favor.

—Sí, cariño.

—Estoy esperando una visita. ¿No podrías volver en otro momento? Clarissa le miró maliciosamente. Delante de sí tenía a un hombre alto, corpulento, pero también esbelto, de pelo castaño y ojos color café claro. Era un hombre, reconoció Clarissa en su interior,

verdaderamente atractivo.

—¿Una competidora? —preguntó.

—Puedes estar segura de que no. Es una visita de negocios, muy reservada, por supuesto.

—Cuyo resultado será la solución a tus problemas económicos, Percy.

—Muy probablemente —admitió él.

—Curioso —sonrió Clarissa—. Dices estar arruinado y... —Su mano trazó un amplio círculo—. Bueno, en esta residencia, su Majestad no echaría de menos las comodidades de Buckingham Palace.

—Exagerada —rió Rath. La besó en una mejilla—. Sé buena y déjame sólo un rato. Cuestión de treinta minutos, más o menos. Al lado hay una habitación muy confortable, con buenos libros.

—Sí, Percy, lo que tú digas. —Clarissa sonrió—. Antes has dicho que no me has reconocido en el primer momento por no sé qué circunstancia.

Rath lanzó una cortés carcajada.

—La temperatura, en Capri, era muy distinta de la de hoy, pese a que ya vamos hacia el buen tiempo. En consecuencia, tu indumentaria era también muy distinta. Incluso el peinado... tu pelo estaba liso y suelto y no tan artísticamente peinado como hoy.

—Sí, y me llamaste la Venus de Botticelli, porque me viste surgir de las espumas del mar...

Rath la besó en una mejilla, a la vez que acompañaba a la joven hasta la habitación contigua.

—Salvo la concha de nácar, tu aspecto era idéntico al de Venus en el cuadro —sonrió.

Cerró la puerta y se volvió un instante, muy pensativo. Estaba preocupado por la anunciada visita de Odlum Kassner, un magnate de las finanzas, una potencia económica en la City londinense.

* * *

El lujoso «Rolls-Royce» negro se detuvo ante la puerta de acceso a la mansión. Un hombre uniformado saltó del pescante y corrió a abrir la portezuela. El chófer permanecía en su sitio.

Rath estaba ya en la entrada del edificio. Odlum Kassner se apeó del coche y avanzó hacia él.

—Señor Rath —saludó cortésmente.

—Es un placer, señor —dijo el joven—. Entre, por favor.

—Gracias.

Rath cerró la puerta.

—He dado la tarde libre al mayordomo, señor. En este momento, tal como usted me pidió, estamos solos —manifestó, mientras se echaba a un lado para que, una vez salvado el amplio vestíbulo, el visitante pudiera entrar en el salón.

—Una buena idea, Rath —aprobó Kassner fríamente.

Rath se acercó a la mesita de los licores. Kassner se quitó el sombrero, el abrigo y los guantes y se acercó a la chimenea, con las manos extendidas.

—Agrada el calorcillo todavía —comentó—. Jerez, por favor, Rath.

—Sí, señor.

Rath se acercó a su visitante con dos copas en la mano. Kassner tomó un sorbo de su copa y luego miró fijamente al dueño de la casa.

—¿Y bien, Rath? ¿No me pregunta por el objeto de mi visita?

—Estoy esperando a que usted me la exponga, señor —contestó el joven.

Kassner demoró la respuesta unos segundos. Rath lo observaba atentamente. Tenía ante sí a un hombre de unos cincuenta años, de mediana estatura, recio, de ojos fríos e implacables y cráneo casi cuadrado. Vestido con un uniforme, hubiera podido parecer un rudo guardián de prisiones, pero Kassner tenía un buen sastre, en primer lugar, y en segundo, Rath sabía que bajo aquella apariencia de tipo bruto, latía una inteligencia privilegiada, que en pocos años le había permitido erigirse en un potentado.

—Sus asuntos no marchan muy bien, Rath —dijo Kassner tras una leve pausa.

—Bueno, todavía no tengo que ir de esquina en esquina, con el sombrero en la mano, señor —sonrió el joven.

—Pero mantener Rathbourne Manor cuesta muchísimo y los impuestos le abruman. Sólo conserva el mayordomo, porque ha servido ya a dos generaciones anteriores de Rathbourne, y a una mujer que hace las faenas de limpieza y no todos los días de la semana. ¿Me equivoco?

—Sus palabras corroboran mis informes acerca de su perspicacia —

dijo Rath—. Pero me hacen dudar de la fama que le aplican a usted, como hombre acostumbrado a ir al grano directamente.

—Es cierto —admitió Kassner sin pestañear—. Estoy divagando demasiado. Percy, voy a darle la oportunidad de ganarse cincuenta mil libras esterlinas.

Rath enarcó las cejas.

—¿He oído bien, señor? —preguntó.

—Ha escuchado perfectamente, Percy. —Kassner dejó la copa sobre la repisa de la chimenea y casi se tuvo que poner de puntillas para hacerlo—. Cincuenta mil libras, ni un penique menos.

—Supongo, señor, que no me dará ese dinero sólo por evitar que el descrédito de la ruina y el embargo caiga sobre los Rathbourne. Sería la primera vez que tal cosa ocurriese en siete siglos y medio.

—Cierto —convino Kassner—. Nunca doy un penique, sin obtener nada a cambio.

—Entonces, por cincuenta mil libras, querrá obtener mucho.

—Desde luego. Quiero recobrar la fórmula de la Dinamita-N.

Rath puso cara de tonto.

—¿*Dinamita-N*? —repitió.

—La «N» es sólo un sufijo ordinal. Se trata de un nuevo tipo de dinamita, muchas veces más potente que la común. Si se dice *Dinamita-2* o, más abreviado,

Dinam-2

, es que el explosivo es dos veces más potente que la dinamita ordinaria. Si se emplea la cifra tres, tres veces más potente. Si la cifra cuatro, cuatro veces más potente...

—Y así, *usque ad infinitum et ad nauseam* —dijo Rath.

—Casi, casi, porque todo tiene un límite, pero mis últimas noticias hablan de que se ha conseguido ya la *Dinam-75*.

Si joven respingó.

—¡Demonios! Una dinamita setenta y cinco veces más potente que la actual. Casi parecerá un explosivo nuclear.

—Usted lo ha dicho, Percy. Pero es posible que se llegue, incluso, a conseguir la *Dinam-250*.

—Un momento, señor Kassner; me parece que siento vértigo. Déjeme tomar un sorbo para reponerme... —Rath bebió todo el contenido de su copa y luego continuó—: Un gramo de *Dinam-250* equivaldrá a doscientos cincuenta de dinamita ordinaria.

—Y un kilo de *Dinam-250* representará la potencia explosiva de un cuarto de tonelada de dinamita corriente, con todo lo que ello representa en ahorro de espacio, peso y demás.

—Esto se merece otra copa y no precisamente para celebrarlo —refunfuñó Rath—. ¿Es que esos científicos no saben más que inventar cosas para matar a la gente, en lugar de curar el cáncer y otras enfermedades por el estilo?

Kassner se encogió de hombros.

—Dejémonos ahora de especulaciones filosóficomorales —contestó—. Esa fórmula tenía que ser mía, debía ser explotada por una de mis empresas y me la han birlado.

—No diga más, un espía soviético.

—Percy, éste no es un asunto de broma. ¿Ha oído hablar o ha estado alguna vez en la isla Knorbold?

—Tengo una vaga idea...

—Está al Norte de las Hébridas y... Bien, en el Anuario Geográfico encontrará usted todos los datos precisos. Debe ir allí y rescatar la fórmula. Cuando regrese con ella, le entregaré las cincuenta mil libras pactadas.

—Un momento, señor Kassner; por ahora, el único que ha hecho un pacto es usted —objetó Rath—. Yo, todavía, no he dado mi conformidad...

Kassner le miró fríamente.

—Percy, creo que es usted el hombre indicado para llevar a buen puerto este asunto —dijo, impertérito—. Y, cuando conozca todos los detalles del caso, sé que aceptará sin más protestas.

—¡Muy seguro está de ello...!

—Todo lo seguro que me permite la reputación de un antiguo miembro del Intelligence Service.

—Del cual fui expulsado hace seis meses.

—Pero no por una traición a su país, sino por zurrar a un superior, uno de los altos jefes, que se permitió abrigar dudas acerca de la fidelidad de su bella esposa.

Rath sonrió.

—Eran unas dudas totalmente infundadas, señor —contestó.

—¡Hum! —masculló Kassner—. Tratándose de usted, yo no me fiaría en absoluto... pero tampoco es cosa que me importe. Bien, vayamos al grano.

—Sí, señor.

Kassner estuvo hablando durante veinte minutos. Al terminar, sacó un fajo de billetes y se lo entregó a su interlocutor.

—Dos mil quinientas libras. Para gastos —anunció—. Las cincuenta mil serán netas, sin deducciones.

—Salvo las que me haga el recaudador de impuestos —dijo Rath—. ¿Cuándo debo empezar?

—Mañana mismo, mejor que pasado...

Kassner se interrumpió de súbito.

—Eh, antes dijo que estaba solo en casa —exclamó.

—Sí, desde luego —mintió Rath.

—Entonces, ¿qué hace ahí ese bolso de mujer?

Rath siguió a Kassner, que se acercaba a un sillón, sobre el que se divisaba un bolso de señora. En su fuero interno, Rath maldijo su descuido y la inoportuna visita de Clarissa Curmont.

Kassner parecía muy furioso. Agarró el bolso y lo abrió sin más preámbulos. Un segundo después, enseñaba, con la mano en alto, un objeto que dejó pasmado al dueño de la casa.

—¿Qué me dice de esta ultrasensible emisora de radio, Percy? —tronó coléricamente—. ¡Han estado escuchando desde el principio todo lo que se decía en esta sala!

CAPÍTULO II

Rath se quedó pasmado durante unos instantes. Pero no tardó en reaccionar y corrió hacia la estancia contigua.

Había una ventana abierta. El viento hacía ondear las cortinas de muselina.

—¡Maldición! ¡Se ha escapado! —gritó.

—¿Quién era, Percy? —preguntó Kassner.

—Una joven... Clarissa Curmont...

—¡Clarissa Curmont! —rugió el visitante.

Y echó a correr hacia la ventana:

—¡Coover, Hammis! ¡Busquen a la mujer; no ha podido ir muy lejos! —ordenó tonantemente.

El chófer y su acompañante saltaron del automóvil y echaron a correr por el amplio jardín que rodeaba a la casa. Kassner maldecía con un lenguaje que dejó atónito a Rath.

—Lo siento, señor; yo nunca supuse... Ella vino minutos antes y la hice pasar a la biblioteca. Le aseguro que la puerta es lo suficientemente espesa para no dejar pasar el menor sonido...

Kassner cortó en seco las disculpas del joven.

—Ahora ya está hecho y usted no tenía por qué saber que Clarissa era un agente de Westerby —dijo—. ¿Dónde la conoció usted?

—En Capri, hará unos tres años, señor.

—De algún modo, Westerby se ha enterado de que yo iba a venir a visitarle a usted y envió a Clarissa con tiempo, para recoger la conversación. ¿Cómo llegó ella hasta Rathbourne Manor?

—En coche, supongo. No me fijé... ¿Dice que Westerby sabía que usted iba a venir a visitarme?

—La presencia de Clarissa lo prueba, ¿no le parece? Pero no comprendo cómo pudo...

—Haga revisar su teléfono, señor. Es muy probable que le hayan instalado una derivación.

Kassner le miró fijamente durante un segundo.

—¡Por Júpiter que lo haré...!

Una voz sonó de repente en el jardín.

—¡Señor Kassner, venga, pronto!

Rath ganó en la carrera a su visitante. Momentos después, estaban los dos junto a un «Jaguar» coupé, de color rojo, estacionado en uno de los senderos laterales del parque.

Coover mantenía una linterna encendida en su mano. Hammis, el chófer, permanecía inmóvil a un lado.

Rath lanzó una exclamación de asombro al ver a Clarissa en su asiento, con la cabeza echada hacia atrás. Las pieles yacían en el fondo del coche.

El mango de un puñal asomaba entre los senos. Un delgado reguero de sangre corría hacia abajo, formando un pequeño charquito en el regazo. Los ojos de Clarissa estaban desmesuradamente abiertos.

Al lado, en el otro asiento, Rath divisó una caja abierta. Kassner la vio también y lanzó un juramento.

—Ésa es la estación receptora —dijo—. Y tenía adaptado un mecanismo de grabación...

Rath sacó afuera el receptor de radio.

—Pero el asesino se llevó la cinta grabada —añadió.

Hubo un momento de silencio. Luego, Rath, lentamente, dijo:

—Temo, señor Kassner, que este asunto entra ya de lleno en la jurisdicción de la policía.

Kassner asintió.

—Sí, será preciso llamarla. Pero no tenemos por qué dar explicaciones acerca de nuestra conversación. Bastará con que digamos que se trataba simplemente de una reunión de negocios.

—Muy bien, señor. Tampoco enseñaremos el receptor de radio. Volvamos a la casa.

Una vez hubo efectuado la llamada, Rath se encaró con su visitante.

—Dígame, señor Kassner, su ex consocio Westerby, ¿es siempre así de expeditivo en sus procedimientos?

—Por lo visto, el asunto justifica los medios que emplea —contestó Kassner—. Pero no entiendo por qué tuvo que hacer apuñalar a Clarissa.

—Tal vez sospechaba que ella podría traicionarle, quedándose con la grabación, para entregársela a otro... o quizá le pidió demasiado dinero por su colaboración —apuntó Rath.

—Muy probable —admitió el visitante—. Clarissa trabajaba para él, de eso estoy absolutamente seguro.

—¿Por qué?

—Hombre, era su... ¿Se lo digo con todas las letras?

Rath sonrió.

—No es necesario, señor. Lástima de mujer; es preciso convenir que Westerby tenía buen gusto —dijo.

—La sustituirá por otra, no se preocupe, Percy.

—Señor Kassner, dígame una cosa. La *Dinam-N* es un descubrimiento importante en el campo de los explosivos, pero ¿justifica un asesinato?

Una extraña sonrisa se formó en los labios de Kassner.

—Yo sufragué, prácticamente, todas las investigaciones de los profesores Egini y Thitle. Invertí en ese asunto muchos miles de libras. El Ministerio de Defensa británico pagaría con mucho gusto, claro que en el más absoluto secreto, cinco millones de libras por la fórmula de la *Dinam-N*.

La cifra dio vértigos a Rath.

—Habla usted de cinco millones de libras como si dijera cinco peniques —dijo—. Ah, una consulta, señor Kassner.

—Sí, Percy.

—Usted quiere que yo recobre la fórmula.

—Desde luego.

—Pero habrá de permitir que elija a mis colaboradores, porque, según veo que se desarrolla el asunto, me parece que yo solo no podré ejecutarlo.

—Aceptado —contestó Kassner sin titubear—. Serán de confianza, supongo.

—De toda confianza —aseguró Rath firmemente.

* * *

La joven era alta, muy esbelta, de pelo intensamente negro, sujeto en un prieto moño en la nuca. Tenía los ojos verdes, muy atractivos, y en sus mejillas se formaban dos preciosos hoyos al sonreír.

En aquellos momentos, Diana Growstone vestía de blanco, como el hombre que tenía frente a sí. Diana y el hombre luchaban encarnizadamente, pero la pelea finalizó con la victoria de la mujer. Alguien aplaudió cortésmente. Diana miró hacia un rincón del gimnasio y sonrió.

—Mejora constantemente, señor Landers —dijo a su contrincante—. Mañana continuaremos las lecciones de judo.

—Está bien, señorita Growstone.

Sentado en un ángulo del gimnasio, impecablemente vestido, con sombrero gris perla; bastón y guantes, Percy Rath había estado contemplando el desarrollo de la pelea casi desde el principio. Se puso en pie, cuando vio que Diana, ataviada aún con el traje típico de los judokas, se acercaba a él.

—Creí que habrías llegado a olvidarte incluso de mi existencia, Percy, ingrato —dijo la joven—. ¿Vienes a inscribirte como alumno en uno de mis cursos de judo? ¿O te gusta más el karate?

—Lo que me gusta verdaderamente es una hamaca, a la sombra, con un vaso de refresco al alcance de la mano y el rumor de las olas —sonrió él—. Pero eso es cosa que no siempre se puede hacer, querida, y por eso debo entregarme al vil placer del trabajo.

—Trabajo —rió Diana argentinamente—. ¿No sudas sólo de pronunciar esa palabra, lord Rathbourne?

—Percy, querida, siempre Percy. El título no me da para comer.

—Entonces, ¿de qué te alimentas?

—Te lo diré dentro de unos minutos, cuando te hayas cambiado de ropa. No lejos de aquí hay un restaurante, pequeño, pero donde preparan unos platos exquisitos. ¿Te agrada la idea?

Diana hizo aletear sus espesas pestañas.

—Me seduce —aceptó—. Media hora has dicho, creo.

—Cronometrada en Greenwich —añadió él, con brillante sonrisa.

Treinta minutos más tarde, Diana y Rath estaban sentados frente a frente. Rath encargó el menú y, mientras se lo servían, pidió un aperitivo.

—Bueno, habla —pidió Diana, después de los primeros sorbos—. ¿De qué se trata?

—Querida, yo sé que a ti tu profesión te agrada, pero, a veces, la encuentras un poco monótona.

—Es cierto. De cuando en cuando, me gustaría variar, para echar un poco de sal y pimienta a la vida.

—Magnífico. Por eso te he buscado, Diana, porque sabía que aceptarías sin pensártelo dos veces.

—Un momento Percy, todavía no me has dicho de qué se trata. ¿Cuál es el asunto? Oh, no, no me digas que tu expulsión del I. S.

fue algo planeado y que, en secreto, continuas perteneciendo...

—La expulsión fue auténtica, Diana. El asunto que te propongo no tiene nada que ver con el Intelligence Service.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—Hay un hombre, llamado Morris Westerby, quien, entre otras cosas, es un impenitente aficionado a los encantos del bello sexo.

—Percy, te aseguro que, de todos los hombres que yo conozco, no hay ninguno que no tenga esas aficiones —contestó Diana riendo—. A veces pienso si no me convendría ponerme un vestido con púas, como de piel de erizo, por ejemplo.

—Un buen método para defender la virtud femenina, no cabe la menor duda. Pero ahora se trata de algo más serio —dijo Rath—. Ciertamente, a Westerby le gustan las mujeres hermosas, aunque también, si le estorban, se las quita de en medio por procedimientos muy expeditivos.

—Como Barba Azul.

—Más o menos, querida.

—¿Sabes que el asunto empieza a interesarme? —sonrió Diana—. ¿Es guapo al menos el señor Westerby?

—Quizá es feo; no lo conozco personalmente, pero puede que sea uno de esos tipos de mirada magnética y personalidad subyugante...

—Ante el cual, las mujeres caen cual infelices pajarillos fascinados por la pérfida serpiente.

—Es posible, pero, en todo caso, la metáfora del pajarillo y la serpiente puede resultar sangrientamente cierta, Diana —advirtió Rath.

—Como sea, acepto, Percy.

—Por supuesto, tendremos que acordar tus honorarios...

Diana le dirigió una intensa mirada.

—Querido, temo que, en este asunto, habré de ser yo la que fije mis honorarios —manifestó con acento lleno de insinuaciones.

Rath sonrió levemente. El camarero trajo la sopa en aquel momento y los dos se aplicaron a la tarea de reponer fuerzas.

La conversación continuó, con el café y los licores.

—Bien, ¿cuál es el asunto, Percy? —preguntó ella.

—La *Dinamita-N* o, como dicen los enterados, *Dinam-N*.

—¿Un nuevo explosivo?

—Sí. Se trata de recuperar la fórmula...

Rath habló durante unos minutos. Al terminar, Diana reflexionó un poco.

—De modo que mi tarea va a consistir en infiltrarme en la guarida de Westerby y ver de recobrar esa fórmula —dijo.

—De ayudarme a recobrarla, querida. Tú serás una especie de explorador, que batirá el terreno, adquiriendo informes y estudiando las soluciones posibles, no sólo de acceso, sino también de escape, una vez conseguido el objetivo.

—Pero no veo cómo he de llegar a infiltrarme en Knorbold —alegó ella.

—Yo te lo indicaré en el momento oportuno. Por ahora, nuestra entrevista ha sido sólo una toma de contacto. Ahora, si no tienes inconveniente, iremos a tu departamento y estableceremos un plan de ataque a Knorbold, así como un código de señales para ser usado en caso necesario.

—Me parece muy bien, Percy —aprobó la joven.

—Diana, una de las cosas que deberás tener en cuenta constantemente es que Westerby es un sujeto despiadado. El menor paso en falso puede costarte la vida, ¿comprendes?

Ella esbozó una sonrisa.

—Lo cual, a mi entender, hará más fascinante la aventura —aseguró.

—Espero que la hija de lord Millvert Growstone me ayude a llevaría a buen puerto —deseó Rath.

CAPÍTULO III

Transcurrieron ocho días.

Rath recibió una llamada telefónica.

—¿No hay nada todavía, Percy? —preguntó Kassner.

—Un momento —dijo el joven—. ¿Ha comprobado el aislamiento de su línea telefónica?

—Encontramos la derivación. El asunto está solucionado, aunque no pude encontrar al autor de la fechoría.

—Investigue entre su personal más allegado. No me cite a mí, pero contrate algún detective privado. Hágale que averigüe quién hizo la derivación, resultaría interesante.

—Está bien, es un buen consejo y lo seguiré. Pero todavía no me ha dicho nada...

—Usted me pidió resultados; no me fijó una fecha —le recordó el joven—. Y yo estoy esperando la ocasión propicia, para iniciar las operaciones de infiltración en la guarida de Westerby. Comprenda, no puedo ir allí diciendo: «Vengo de parte de Kassner...».

—Basta, basta, le comprendo, Percy.

—Por otra parte, no me he estado quieto, precisamente. He conseguido averiguar algunos datos de interés, una especie de exploración previa del terreno, ¿comprende?

—Sí, desde luego.

—Y, además, si esos dos científicos chiflados están aún en la fase número setenta y cinco de la nueva dinamita y se quiere llegar a la número doscientos cincuenta, ello nos concede un razonable margen de tiempo. He consultado con un químico amigo, de toda confianza, y me ha dicho que es teóricamente posible, pero que, en la práctica, costará mucho llegar al resultado final. Yo opino que Westerby no querrá vender la patente, sino hasta haber llegado a la *Dinam-250*, ¿no le parece?

—Lógico —concordó Kassner—. Bien, no deje de tenerme al corriente de lo que haga, Percy.

—Quédese tranquilo, señor.

Rath colgó el teléfono. Cuando residía en Londres, lo hacía en un

pequeño departamento, situado no lejos de Fleet Street. Kassner tenía su dirección y era allí adonde le había telefoneado.

De repente, llamaron a la puerta.

Rath se levantó y cruzó la sala. Antes de abrir, presionó un botón situado cerca de la puerta, en un lugar apenas visible para quien no conociese su situación.

Luego abrió.

Una encantadora joven apareció ante sus ojos.

—¿Señor Rath? —preguntó.

—Sí, yo mismo —contestó el dueño de la casa.

—Me llamo Eva Thitle —dijo ella—. Deseo hablar con usted, señor Rath... ¿o prefiere que le llame lord Rathbourne?

—Percy me gusta más, señorita Thitle —sonrió él—. Entre, tenga la bondad.

Eva hizo un gesto con la cabeza. Era una muchacha de unos veintidós años, esbelta, de pelo pajizo y ojos muy claros. Vestía con elegancia, aunque sin lujos excesivos. Llevaba un bolso de cuero negro, que apretaba con cierta fuerza contra su pecho.

—Gracias, Percy —dijo.

Un aparato de radio empezó a sonar de pronto. Eva se sintió extrañada.

—Oh, está descompuesto y, aunque lo desconecto, a veces se pone en marcha por sí mismo —explicó Rath.

Se acercó al aparato y dio media vuelta a un botón. La música cesó en el acto.

—Y ahora, Eva Thitle —dijo, alargando las manos hacia su bolso—, deme la pistola que guarda ahí. No me obligue a quitársela a la fuerza.

La muchacha abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Cómo sabe que llevo un arma? —preguntó.

—Tengo visión de rayos-X —contestó él bienhumoradamente—. Por supuesto, sólo se refiere a las armas; no a lo que hay debajo de un bonito vestido femenino.

Eva estaba tan desconcertada, que no se sintió con ánimos siquiera para oponerse a que Rath se hiciera con el pequeño revólver que llevaba en el bolso. El arma fue a parar al bolsillo posterior de los pantalones de Rath.

—Y ahora, Eva Thitle, ya puede empezar a hablar —invitó él.

—Sí —contestó ella—. Se trata de mi padre, Edward Thitle. Es químico y especialista en explosivos.

—Una profesión muy ruidosa —sonrió Rath—. ¿Qué le sucede al señor Thitle?

—Eso es lo que me gustaría saber, Percy. Hace algunas semanas, se ausentó de casa. Yo estaba fuera y, al llegar, me encontré con una nota suya. Dijo que si ausencia duraría bastante, tal vez meses, y que no me faltaría el dinero mientras él estuviese fuera. En el primer momento, no me preocupé demasiado, pero es que han pasado ya casi dos meses y aún no he tenido noticias suyas. Ni tampoco he recibido un solo penique, aunque, como comprenderá, esto es lo que menos me preocupa.

Comprendo. Usted trata ahora de encontrar a su padre, ¿no es cierto?

—Sí. Me siento muy aprensiva y...

—Bien, pero no comprendo por qué he de buscarle yo. ¿Ha acudido a la policía? Sería la mejor solución.

Eva hizo un gesto negativo.

—No —contestó—. Prefiero discreción en el asunto.

Rath arqueó las cejas.

—¿Se trata de algo desagradable? —preguntó—. Sospecho... —Eva se mordió los labios—. Temo que lo hayan secuestrado para obligarle a hacer algo desagradable.

—Ya entiendo, pero ¿quiénes lo han secuestrado?

—No lo sé. Percy, ¿no podrá hacer algo por mí?

Los ojos de Eva tenían una expresión suplicante. Rath sonrió.

—Confío en que sí —contestó—. Pero tendrá que darme más datos.

—Le diré todo lo que desea saber —manifestó ella—. Sin embargo...

Eva corrió de pronto hacia la ventana y miró hacia la calle.

—Ya no están —dijo.

—¿Quiénes no están? —exclamó Rath.

—Dos tipos... Hace tiempo que me siguen constantemente... Temo por mi vida, Percy...

De repente, llamaron a la puerta. Eva corrió hacia el joven y le puso una mano en el brazo.

—Haga algo —pidió—. Vienen a buscarme. Querrán secuestrarme, como a mi padre.

Rath sonrió comprensivamente.

—Venga conmigo —dijo—. La esconderé para que no la vean sus perseguidores.

Rath condujo a la muchacha hasta su dormitorio y la hizo entrar en un amplio armario ropero. Miró a Eva.

—Aquí estará tranquila —aseguró.

Cerró la puerta y regresó a la sala. El timbre sonaba con insistencia. Abrió. Dos hombres de fornida apariencia y expresión dura aparecieron ante sus ojos.

—¿Percy Rath? —dijo uno de ellos.

—Sí, yo mismo —contestó el joven.

—Sabemos que aquí se esconde una chica llamada Eva Thitle. ¿Dónde está? —preguntó el otro.

—Oigan, yo no sé...

Una pesada mano se apoyó en el pecho del joven y lo hizo retroceder varios pasos.

—Adentro —ordenó el primero de los sujetos—. La chica está aquí y la encontraremos, cueste lo que cueste.

La radio se disparó de pronto. Los dos sujetos se sobresaltaron.

Rath dio un salto hacia atrás y sacó el revólver que había sacado del bolso de Eva.

—Saquen sus pistolas con todo cuidado y déjenlas en el suelo —ordenó.

El asombro de la pareja era total. Sonriendo, Rath agregó:

—Tengo instalado un detector de armas. Pero en lugar de encenderse una lámpara y sonar un zumbador, se conecta la radio. ¡Vamos, armas fuera!

Dos pistolas cayeron al suelo.

—Y ahora, lárguense, rápido —ordenó Rath.

Los forajidos estaban anonadados. Incapaces de reaccionar, dieron media vuelta y se marcharon.

Rath se asomó a la ventana. Estuvo mirando a la calle, hasta que vio perderse de vista un «Morris» negro, en el que viajaban los dos perseguidores de Eva.

Luego volvió a su dormitorio. Abrió el armario.

La cara de Eva asomó entre dos abrigos.

—¿Se han ido ya? —preguntó.

—Sí, no hay cuidado.

Eva salió, lanzando un suspiro de alivio.

—No sé cómo agradecerle, Percy...

—Bah, olvídalo. Por ayudar a una chica guapa, yo haría cualquier cosa —contestó él, con fingida displicencia—. Pero ahora tengo que salir. ¿Por qué no me llama en otro momento?

—Bueno, si usted lo dice...

—Encontraré a su padre, se lo aseguro —afirmó él rotundamente.

Acompañó a la muchacha hasta la puerta.

—Vuelva mañana a esta hora —rogó.

—De acuerdo, Percy.

Eva se alejó hacia el ascensor. Rath cerró cuidadosamente y corrió hacia el teléfono.

Marcó un número. Al otro lado de la línea, alguien dijo:

—Tibbs.

—Habla Percy. Tibbs, adelante.

—O. K., Percy —contestó el otro.

Rath colgó el teléfono. Acto seguido, cortó la comunicación y se dirigió hacia el dormitorio.

Abrió el ropero y lo registró cuidadosamente, sin encontrar nada.

Un poco chasqueado, pero seguro de que su labor no iba a resultar estéril, se tendió en el suelo.

—Ah, aquí está —exclamó.

Sujeta a uno de los largueros de la cama había una caja negra, casi del tamaño de una de habanos, aunque algo más gruesa. Rath sacó la caja y se sentó en el suelo.

Escuchó un momento. Un leve

tic-tac,

llegó a sus oídos.

Sonriendo, levantó una tapa situada en un lado de la caja. Un reloj apareció ante sus ojos.

Desconectar los cables que enlazaban el reloj con el detonador resultó sencillo. Luego, Rath abrió otra tapa y dejó el explosivo a la vista.

—¿Qué número tendrá esta dinamita en la serie de las *Dinam-N*? —se preguntó.

Aunque fuese dinamita vulgar, aquella pastilla que tenía en las manos poseía la suficiente potencia como para convertirle en partículas.

CAPÍTULO IV

La joven se bajó de la acera y se dispuso a cruzar la calle. Un automóvil se le echó encima.

Se oyó un violentísimo chirrido de frenos. Ella gritó.

Otros gritaron también. El conductor, pese a sus esfuerzos, no pudo evitar el atropello.

La aleta derecha del automóvil alcanzó a la joven en un costado y la lanzó a tres o cuatro pasos de distancia. Ella rodó varias veces por el suelo y quedó inmóvil.

Algunos curiosos corrieron a ayudar a la muchacha. El conductor, consternado, se apeó.

—Ella se puso en mi camino... —decía—. Me fue imposible evitar el atropello...

A los pocos instantes, llegó un coche de la policía. Uno de los agentes se dispuso a atender a la víctima, mientras llegaba la ambulancia.

El otro se enfrentó con el conductor.

—Su nombre, por favor, y el permiso de conducción —pidió.

—Sí, agente... Me llamo Tibbs, Larry Tibbs... Aquí tiene mi documentación...

El policía realizó las diligencias de rigor. La ambulancia llegó a los pocos momentos y sus ocupantes se encargaron de la atropellada.

El otro agente se reunió con su compañero y el conductor.

—No parece grave, aunque, de todas formas, dos meses de hospital no se los quita nadie —dijo.

El primer policía guardó su libreta y el lápiz. Luego se encaró con el causante del atropello.

—Tendrá que acompañarnos a la comisaría, señor Tibbs —dijo.

—Por supuesto, agente —contestó Tibbs.

* * *

Sonó el teléfono. Odlum Kassner estaba muy atareado leyendo un informe y alargó la mano hacia el aparato.

—Kassner —dijo escuetamente.

—Rath —anunció el otro—. Señor Kassner, tengo que pedirle un favor.

—¿Sí, Percy?

—Llame a su abogado ahora mismo. Un amigo mío, Larry Tibbs, ha cometido un atropello.

—Oiga, ¿qué tengo que ver yo con...? —se sulfuró Kassner.

—Haga lo que le digo —insistió Rath—. Tibbs cometió el atropello por orden mía. Esto acarreará ciertos gastos y usted debe sufragarlos.

—Si tiene la bondad de explicarme con detalles lo que sucede, me sentiré inclinado a complacerle, Percy.

—Muy bien, aunque seré breve. La persona atropellada era Marlene Ilford, secretaria personal de Westerby.

—Oh, creo que entiendo. Pero ¿ha muerto?

—No, sólo se trata de ciertas lesiones, más aparatosas que graves, aunque le costará bastante curarse. Tiene para dos meses de hospital o más.

—Sí, ya entiendo —sonrió Kassner—. Bueno, dígame dónde está ahora su amigo y enviaré a mi abogado a que solucione el caso.

—Comisaría de Charing *Cross*, señor Kassner. Se llama Larry Tibbs.

—Muy bien. ¿Cómo van los asuntos, Percy?

—No puedo quejarme. Quisieron ponerme una bomba debajo de la cama, pero la encontré a tiempo.

Kassner saltó en su sillón.

—¿Es cierto eso, Percy?

—La única duda estriba en la clase de explosivo. Por lo demás, era una buena bomba —rió el joven.

—Eso significa que le han descubierto...

—Westerby no es tonto, señor Kassner. Pero tampoco yo me chupo el dedo. Y ahora, dispénseme, pero tengo que ponerme la armadura y ensillar el caballo.

—¿Cómo? —dijo Kassner, estupefacto.

—Sí, es el equipo clásico en todo caballero que piensa rescatar a una doncella de sus feroces secuestradores. La doncella se llama Eva Thitle.

Percy Rath contempló la casa desde distancia prudencial. Era una residencia relativamente modesta, pero su interior tenía que resultar muy acogedor, calculó. El tipo de casa, situado en un suburbio residencial, y adecuado a un químico especialista en explosivos.

Avanzó paso a paso. Había luces encendidas, pero las cortinas estaban corridas.

El jardín, muy bien cuidado, estaba rodeado por una valla de madera pintada de blanco. Rath salvó el obstáculo y caminó dando un rodeo.

Se acercó a una de las ventanas. Con gran cuidado, levantó el bastidor unos centímetros. Una voz masculina llegó a sus oídos:

—¿Qué hora tienes, Jack?

—Las once y media —contestó el interpelado.

—Todavía faltan treinta minutos —dijo el otro.

—Treinta minutos, ¿para qué? —Sonó una voz femenina.

—No se preocupe, guapa. Sólo se trata de una sorpresa que queremos dar a un buen amigo.

—Entonces me soltarán a mí, claro.

—No depende de nosotros.

—Tenemos que recibir instrucciones —agregó el otro.

—Las instrucciones sobre la forma de eliminarme mejor, sin dejar huellas comprometedoras, ¿verdad?

—Yo no diría tanto. Es usted un poco exagerada, señorita Thitle.

El teléfono sonó de pronto.

—Atiéndelo tú, Burr —dijo uno de los dos sujetos.

—Sí, Jack.

Rath continuaba escuchando. Oyó ligeros chasquidos cuando el teléfono se levantó de la horquilla y casi enseguida, la voz de uno de los dos individuos:

—Habla Burr.

Hubo un momento de silencio. Luego, Burr dijo:

—¿Después de las doce? ¿Adónde, por favor...? Sí, muy bien, de acuerdo; allí la llevaremos. Descuide, señor Cavendish; Eva Thitle está en buenas manos.

Burr colgó el teléfono. Luego se volvió hacia su compinche.

—Después de las doce, tenemos que sacarla de aquí. Cavendish nos espera —informó.

—Pero ¿por qué quieren secuestrarme? —preguntó ella.

—Yo diría que se trata de algo relacionado con su padre, el profesor Thitle, señorita —contestó Burr.

—Me parece que entiendo —dijo Eva—. Estoy segura de que mi padre no quiere seguir adelante con sus investigaciones y ustedes me van a llevar a... adonde está ahora, como rehén.

—Es usted muy lista, señorita...

—Cállate, Jack —le interrumpió Burr con brusquedad—. Lo mejor que puedes hacer es salir a dar una vuelta por el jardín. No olvides que estamos en casa ajena.

—Está bien, no te enfades, Burr —contestó el otro con acento conciliador.

Apenas oyó aquellas palabras, Rath abandonó su observatorio y corrió hacia la puerta de la casa. Alguien la abrió instantes después. Un chorro de luz brotó de la puerta. Jack dio un par de pasos en el exterior. De pronto, algo le golpeó con dureza en el cráneo.

Jack se desplomó fulminado. Rath lo arrastró hasta dejarlo al otro lado de un espeso seto y luego se asomó a la puerta.

Había allí un pequeño vestíbulo. Rath entró y lo cruzó andando de puntillas.

En el extremo opuesto había una puerta. La abrió con gran cuidado, pero, pese a sus precauciones, no pudo evitar un ligero gañido.

Burr se volvió.

—¿Ya estás de vuelta, Jack? Sí que has ido rápido... —Lo siento— sonrió Rath. —El amigo Jack está ahora en los brazos de Morfeo, aunque ciertamente, no por su voluntad.

* * *

Burr se quedó atónito al reconocer al inesperado visitante. Pero no intentó ningún gesto hostil, debido a la pistola que Rath empuñaba con firmeza.

—Usted —fue todo lo que dijo.

—El mismo —confirmó Rath alegremente—. ¿Qué tal, señorita Thitle?

Eva no se sentía menos asombrada que Burr.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Un valiente caballero que viene a rescatarla de las garras de sus

feroces secuestradores. Percy Rath, a su servicio, señorita.

Eva se puso en pie.

—Estos dos hombres me secuestraron esta tarde —dijo—. Tengo que denunciar el hecho a la policía...

—Calma, señorita Thitle, ya hablaremos de ese asunto en mejor ocasión. Ahora, lo importante es abandonar su casa. Mientras yo vigilo a este tipo, vaya a su cuarto y tome un maletín con lo más imprescindible.

Eva miró al joven y vio algo que en su cara que le inspiró una viva confianza.

—Sí, señor Rath —accedió sin apenas vacilar.

—Percy para los amigos, Eva —sonrió el joven.

Rath y Burr se quedaron solos.

—No rae explico cómo... —dijo el secuestrador.

—Es muy sencillo, amigo mío. Ni el profesor Thitle ni yo hemos cambiado una sola palabra jamás ni yo sabía en absoluto que tuviese una hija. Por tanto, recelé inmediatamente de la mujer que se presentó en mi casa, bajo el nombre de Eva Thitle.

—Creo que le comprendo —masculló Burr.

—Lo celebro. A ese detalle hay que añadir el hecho de que la falsa Eva Thitle llevase un revólver y no precisamente cargado, como hubiera sido lo lógico.

—Oiga, yo miré aquel revólver. Había balas en su tambor.

—Las puse mientras cruzaba la sala para abrirles a ustedes dos. Llegaron demasiado pronto y se marcharon sin oponer la menor resistencia. Más sospechas todavía. Naturalmente, encontré la bomba que aquella chica puso bajo mi cama, mientras yo estaba entretenido con ustedes dos. La bomba, obvio es decirlo, está ya desarmada.

—Eso lo explica todo. Una vez dedujo que la chica no era Eva Thitle, pensó que podía estar secuestrada en su casa...

—Y acerté.

Hubo un instante de silencio. Luego, Burr dijo:

—Lástima que tenga que matarlo —dijo.

—No bromeo, Burr; mire lo que tengo en la mano.

—Llevo puesto un chaleco blindado —sonrió el otro despectivamente.

—No le servirá de nada...

Rath no pudo terminar de hablar. Burr tiraba ya de la pistola. Apretó el gatillo. Se oyó un sordo chasquido y Burr pegó un tremendo salto, para acabar cayendo de espaldas al suelo.

Rath saltó hacia adelante. Burr hacía desesperados esfuerzos para recobrar el arma. El joven la alejó de su mano con un puntapié.

Ríos de sangre brotaban del pecho de Burr. El forajido, con ojos agónicos, preguntó:

—¿Qué diablos... de arma... emplea usted...?

Rath sacó del bolsillo un objeto y se lo enseñó al moribundo.

—La pistola es de aire comprimido a cincuenta atmósferas —exclamó—. El proyectil tiene quince milímetros de calibre y pesa cuatro veces más que una bala del cuarenta y cinco. Las aletas direccionales están situadas de forma que hagan girar a gran velocidad la barrena de su punta. De no haber sido por su chaleco blindado, le habría traspasado el cuerpo como si fuese de cartulina. La culata del arma era más grande de lo ordinario. Rath metió el proyectil en la recámara y fue a seguir su explicación, pero entonces se dio cuenta de que Burr ya no le escuchaba.

Eva salió en aquel momento. Vio el cadáver y lanzó un grito de susto.

—No tema —sonrió Rath—. Ese tipo quería matarme.

Ella estaba muy pálida.

—Nunca había visto...

Rath le quitó el maletín. Con la otra mano, la agarró de un brazo y la empujó hacia la puerta.

—Salgamos de aquí —dijo—. Por el camino le explicaré lo que sucede. Es obvio que tarde o temprano se enterarán de su fuga, pero yo la voy a conducir a un sitio donde no la hallarán.

—Pero a mí me gustaría encontrar a mi padre...

—Eva, éste es un asunto que habremos de discutir con calma. Sígame, tengo el coche a poca distancia.

—Sí, Percy.

—Una cosa es segura, Eva —añadió él—. No la emplearán a usted como rehén para intimidar a su padre.

La muchacha asintió. Sin saber por qué, se sentía mucho más tranquilizada, teniendo al lado la confortadora compañía de aquel joven que había llegado en el momento más crítico.

CAPÍTULO V

Con ojos escudriñadores, Morris Westerby dio la vuelta alrededor de la joven que estaba en pie en su despacho. Diana Growstone permaneció impassible, soportando estoicamente la observación de que era objeto.

—De modo que Growstone —dijo Westerby al cabo—. ¿De los Growstone de Heatherbury?

—No, señor; mi rama pertenece a Shramphshire —contestó Diana—. El parentesco con los Growstone de Heatherbury es muy remoto; prácticamente, cuestión ya de un mismo apellido.

—Entiendo. Entonces, es usted pariente de lord Millvert Growstone.

—Su hija, señor.

—¡Hum! —dijo Westerby—. No entiendo por qué la hija de un par del reino ha de emplearse como secretaria.

—Los tiempos cambian, señor —respondió Diana sosegadamente—. Por otra parte, si no trabajo tendré que permanecer en casa mano sobre mano. No es una perspectiva muy halagadora para una chica joven.

—Eso es cierto —convino Westerby—. A ver, quítese las gafas —ordenó, bruscamente.

Diana obedeció. Westerby escrutó sus facciones.

—No está mal —dijo, aprobatoriamente—. El tipo tampoco —añadió, entre dientes—. Pero esos ropajes...

—No iba a presentarme a una petición de empleo ataviada como si fuese a asistir a una fiesta social —contestó la joven—. Me pareció una vestimenta muy adecuada a la ocasión.

—Demasiado severa, pero eso no importa. Referencias, por favor, señorita Growstone —pidió Westerby, con sequedad.

Diana abrió el bolso y sacó un par de hojas de papel, que entregó a su interlocutor. Westerby leyó rápidamente los documentos.

—No está mal. Cornell y Cía., Ltd., y Hanson Inc. Las referencias son muy buenas, señorita Growstone —elogió.

—Gracias, señor.

Westerby le devolvió los documentos.

—Ha tenido usted suerte y yo también en medio del infortunio —manifestó—. Mi secretaria fue víctima de un accidente y estará un par de meses en el hospital. Le pagaré cien libras mensuales, a menos que prefiera el salario semanal.

—Lo dejo a su comodidad, señor —contestó Diana.

—Además, tendrá que viajar mucho. En los hoteles ocupará una habitación contigua a la mía. A veces, incluso a deshoras, tengo necesidad de dictar una carta o de hacer grabar un mensaje. Usted estará lista en todo momento para hacer esos trabajos.

—Sí, señor. Me gusta viajar, señor Westerby.

El hombre sonrió complacido.

—Creo que será una buena secretaria —dijo—. Empezaremos mañana. Me gusta ser puntual.

—El sueldo que usted ofrece no permite ser impuntual, señor —contestó Diana, con fingida energía.

* * *

Escondido tras unas grandes gafas de color, con un fenomenal mostacho y una frondosa barba, Percy Rath aguardaba pacientemente en el pasillo del hospital, sosteniendo en las manos un gran ramo de flores. Su vestimenta descuidada completaba el aspecto de intelectual existencialista e inconforme que había decidido adoptar para la ocasión.

La puerta de una de las habitaciones se abrió. Un hombre salió al pasillo.

—Adiós, Marlene, cúrese —dijo desde la entrada.

Y cerró.

El hombre era alto y robusto, de expresión enérgica y mentón prominente. Vestía con singular elegancia, completando su atuendo con una camelia blanca en la solapa de su traje.

Morris Westerby pasó por delante del intelectual, sin dirigirle una mirada siquiera. Rath aguardó todavía unos minutos antes de entrar en la misma habitación que acababa de abandonar el enemigo de Kassner.

Asomó la cabeza. La paciente yacía en el lecho, con la cabeza vendada, un brazo enyesado y un peso atado al pie derecho, también enyesado.

Ella miró a su visitante con asombro. Rath sonrió.

—Hola, Eva Thitle —saludó—. ¿Qué tal se encuentra?

—Creo... que se equivoca, caballero. Yo soy Marlene Iltford...

Rath cerró con todo cuidado, incluso dando una vuelta a la llave. Luego agarró una silla y se sentó en el lecho, junto a la cabecera.

—Ya sé quién es usted, Marlene —dijo—. Un hombre imaginativo la calificaría a usted de anarquista romántica. Desgraciadamente, yo tengo menos imaginación y me atengo a los hechos.

La paciente comprendió.

—Usted es...

—El mismo —confirmó Rath alegremente—. Su truco no me engañó, aunque debo decirle que podía haber resultado efectivo. Pero no fue así y desmonté la bomba. También rescaté a Eva Thitle. ¿No se lo ha dicho su jefe?

Marlene se sentía aturdida.

—Es usted muy listo, pero...

—No siga, preciosa —dijo él—. Quiero que fije su atención sobre un punto. ¿Ve este ramo de flores? Aparentemente es un obsequio, ¿verdad?

—¿Tiene dentro una bomba?

—O tal vez un mecanismo de relojería que, en un momento determinado, pondrá en marcha cierta cantidad de gas letal.

—Usted no puede...

—Puedo si no hace dos cosas: primero, hablar mucho, largo y tendido, acerca de la isla de Knarbold. Segundo, callar mi visita *per in aeternum*. ¿Me ha entendido?

—Me está amenazando.

—Sí, guapa, lo reconozco. No es galante por mi parte, pero ¿qué quiere que haga? En todo caso, le devolvería la gentileza, ¿no cree? Marlene meditó un momento.

—¿Qué me dará a cambio de mis informes? —consultó.

Rath sonrió ampliamente.

—La seguridad de evitar un segundo atropello de automóvil que, se lo garantizo, sería mortal —contestó.

Marlene se rindió.

—Tiene usted razón —convino, desmayadamente—. No sé cómo me dejé convencer para desempeñar la comedia. Pero primero me dijeron que se trataba de una emisora de radio de gran

sensibilidad... y sólo después, ya en el hospital, alguien me dijo que era una bomba...

—Usted no tiene cara de asesina, Marlene —dijo Rath, con jovial acento—. Vamos, suelte todo lo que pueda y considere el atropello como un pequeño castigo por haberse prestado a tomar parte en la comedia de la emisora de radio.

Ella asintió.

—De acuerdo —contestó. Y empezó a hablar.

* * *

El tipo que merodeaba en las inmediaciones de su casa no le gustó en absoluto; así que cuando llegó a su departamento, se aprestó a alistar sus preparativos de defensa. Una vez terminada la labor, se preparó una dosis de escocés, con un par de cubos de hielo, y se sentó junto al teléfono.

Marcó una cifra. Una voz dijo:

—Kassner. ¿Quién es?

—Rath. —El joven tomó un trago—. Tengo algunas noticias para usted.

—Maldición, pero ¿todavía está en Londres? Yo le creí en Knarbold.

—Querido señor Kassner, todo llegará a su tiempo —atajó Rath—. No se puede iniciar una operación bélica sin antes haber atado bien todos los cabos del plan. Espero que comprenda la metáfora.

—No soy un zoquete —gruñó Kassner—. Siga.

—Por lo visto, Thitle está en mala posición, en Knarbold. Parece que se debe de negar a proseguir los experimentos o algo por el estilo. Por eso querían raptar a su hija.

—Y usted la liberó.

—Sí, afortunadamente.

—¿Dónde está ahora?

—Perdone que me reserve la respuesta, señor Kassner. Lo único que puedo decirle es que está bien guardada.

—Conforme. Siga.

—He obtenido preciosos informes acerca de Knarbold. Me serán muy útiles, créame.

—Eso es estupendo. ¿Cómo lo ha conseguido?

—Por mediación de la víctima de un conductor descuidado,

llamado Larry Tibbs. Quiero decir que fue la falsa Eva Thitle quien me dio los informes.

—Oiga, es usted un tipo genial —declaró Kassner, admirado.

—Modestia aparte, el Intelligence Service es un departamento que cojea mucho desde que yo me marché...

—Le echaron, Rath —dijo Kassner, con sorna.

—*Le nom ne fait pas a la chose*, que quiere decir: «Cuando a tu jefe veas la puntera del zapato lustrar, prepárate a escapar, si no quieres de dolor sollozar» —contestó Rath, de buen humor—. Hablé con la falsa Eva Thitle y ella, arrepentida, hasta el punto de que cuando se cure va a purgar sus faltas en un convento, me contó todo lo que sabía. Que no es mucho, pero es más que nada y no poco ciertamente.

—¡Rath! Déjese de bromas o enloqueceré —gritó Kassner—. ¿Cuándo demonios va a Knarbold?

—Cuando mi servicio de espionaje particular me avise de que los preparativos de la recepción están terminados. Ya sabe: pancartas de bienvenida, desfile de escolares con banderitas, bandas de música, *majorettes*... Entonces llegaré yo, arrogante y desenvuelto, en mi potro blanco, con mi resplandeciente armadura, y me haré cargo de la fórmula de la *Dinam-N*.

Kassner suspiró.

—Está bien, no le apremiaré más —dijo—. ¿Qué sabe del asesino de Clarissa Curmont, Rath?

—Lo mismo que usted, jefe... ¡Espere un momento!

Alguien estaba hurgando en la puerta. Rath añadió presurosamente:

—Siga al teléfono y no se lo despegue de la oreja. Puede que oiga algo interesante.

La cerradura se abrió del todo. Alguien empujó la puerta con cierta violencia.

—¡Hasta el infierno, Rath! —gritó el intruso.

Y tiró la bomba de mano que ya tenía preparada.

Rath no se movió de su sillón. La bomba viajó con tremendo ímpetu, chocó con un obstáculo invisible y rebotó casi con la misma fuerza recibida al ser lanzada.

Se oyó un grito de sorpresa. La bomba atravesó la puerta velozmente. Un segundo después, Rath presionó un botón y la puerta se cerró de golpe.

Sonó un agudo chillido de terror. Casi en el acto, se oyó un tremendo estampido.

—¿Qué ha sido eso, Rath? —preguntó Kassner, alarmado.

—Un intento, por fortuna frustrado, de suprimir a un ex miembro del I. S. —contestó el joven—. Sus enemigos no descansan, señor Kassner.

—Me pareció una bomba...

—Era una bomba, y el que la tiró debe de estar ahora convertido en algo útil para la escoba y la pala —dijo Rath.

Y colgó el teléfono.

Se puso en pie y se acercó a la pared. Presionó el ángulo inferior derecho de un cuadro y el mamparo transparente se deslizó hacia el techo, enrollándose en el interior de una larga ranura que iba de lado a lado, sin hacer el menor ruido.

Rath tocó satisfecho la parte interior del mamparo de plástico especial, cuya estructura molecular le confería una gran elasticidad, además de una casi total transparencia. Un hombre con prisas, como el lanzador de bombas, no podía advertirlo a tiempo.

El mamparo podía ser perforado por los proyectiles comunes, pero su misma contextura les hacía perder toda la fuerza. Para Rath era un medio defensivo más cómodo que un mamparo de vidrio blindado, rígido y mucho más fácil de ocultar.

Una vez tuvo el paso libre, cruzó la sala y desconectó los mecanismos de cierre de la puerta. El de apertura era independiente, aunque también podía poner los dos a juego.

Abrió. La gente se asomaba al pasillo lanzando chillidos de terror.

Rath torció el gesto.

—No sé cómo Westerby no tiene vergüenza —masculló—. La Comisión de Moral y Buenas Costumbres debería multarle por dar estos espectáculos tan repugnantes.

El cadáver del atacante yacía en el suelo, destrozado, en medio de un charco de sangre. Rath cerró la puerta.

Alguien llamaría a la policía, pensó tranquilamente, mientras se preparaba la segunda ración de *whisky*.

CAPÍTULO VI

Larry Tibbs abrió la puerta y sonrió al reconocer a su visitante.

—Todo en orden, Percy —informó.

—Gracias, Larry. ¿Quieres darte una vueltecita por el jardín? —sugirió el recién llegado.

—Con mucho gusto.

Rath entró en la casa. Eva Thitle se puso en pie al verla.

—Hela, Percy —saludó afablemente—. ¿Quiere que le prepare una taza de té?

—No se moleste, Eva —contestó el joven—. Veo que ya se siente aquí como si estuviese en su propia casa.

—No me ha costado mucho acomodarme a mi nueva situación, pero ¿cuánto durará?

—Debe tener paciencia, Eva —rogó Rath—. Quiero rescatar a su padre, aunque, si he de serle sincero, no sé cuándo lo conseguiré. Pero estimo que no le harán daño porque les resulta necesario.

Eva frunció el ceño. Era una muchacha muy bonita, de tipo sumamente esbelto y pelo claro. Sus ojos, sin embargo, eran algo oscuros, aunque, en cierto modo, podía confundirse con Marlene Iltford.

—No sé qué decirle —murmuró—. A veces tengo la impresión de que su colaborador, Egini, no es ajeno a este asunto.

Rath levantó las cejas.

—¿Usted cree? —preguntó.

—Por ahora es sólo una opinión —contestó ella.

—Bien, al menos dígame en qué la basa.

Eva tomó una expresión pensativa.

—Papá no quería aceptar la oferta de ir a Knarbold, a pesar de que le aseguraron tranquilidad y medios ilimitados para sus investigaciones. Egini, en cambio, se mostró entusiasmado con la idea desde el primer momento.

—Disparidad de criterios, se llama esa figura.

—Sí, pero Egini tiene un defecto, a mi entender. O tal vez es su carácter...

—¿Impulsivo, colérico?

—Algo hay de eso, pero, sobre todo, es muy interesado.

—¡Oh, el vil metal! —rió el joven—. ¿Y su padre no?

—Bueno, a él le basta con ganar lo suficiente para vivir cómodamente. Pero los lujos innecesarios no le atraen.

—Sólo la ciencia, claro.

—¿Por qué no? Él tiene mucha fe en su explosivo; revolucionará la técnica, hará progresar a los hombres...

Rath suspiró.

—Todos los sabios, sabios, son igual de idealistas —dijo, melancólicamente—. Lo mismo le pasó a Nobel con su dinamita... y a tantos otros que hicieron muchos descubrimientos para usos pacíficos y luego se convirtieron en armas de guerra. Eva, en una bomba de aviación de mil kilos, la mitad del peso, aproximadamente, está compuesta por el explosivo propiamente dicho. Ahora imagínese usted que esa bomba se carga con la *Dinam-250*, una vez concluidas ya las investigaciones de su padre y de Egini.

Eva se horrorizó.

—Sería tanto como... como...

—Ciento veinticinco toneladas de dinamita. Un buen petardo, ¿eh?

—Pero las intenciones de mi padre son buenas...

—Eso no lo dudo yo. Sin embargo, hay otros que piensan de manera muy distinta al profesor Thitle. Usted sospecha de Egini, ¿no?

—Tal vez sea sólo un presentimiento. O la intuición femenina. Pero tengo la sensación de que él no es ajeno a los problemas de mi padre.

—Pudiera ser —convino Rath, con una sonrisa—. De todas formas, pronto lo sabremos.

—¿Cuándo, Percy?

—Cuando vaya a Knarbold, Eva —respondió él.

La muchacha suspiró.

—Los días se me harán siglos —dijo.

—No se preocupe. Ya le he dicho antes que necesitan a su padre y no le harán ningún daño. Todo lo contrario; es a usted a la que hay que guardar cuidadosamente.

—¿No me encontrarán aquí?

—Lo dudo mucho —sonrió Rath.

—La casa me gusta. ¿Es suya, Percy?

—No. Pertenece a una tía abuela mía y la usa muy escasamente. Me quiere mucho y me dio la llave apenas se la pedí. Compréndalo, Eva, no podía tenerla a usted en mi departamento de Londres ni en Rathbourne Manor.

—Ha sido una buena idea, en efecto —convino Eva—. Aquí no me encontrarán...

Eva se interrumpió. Alguien acababa de abrir la puerta bruscamente.

—Percy... —dijo Tibbs, con extraño acento.

* * *

Rath se volvió velozmente hacia la entrada.

—¡Larry! —gritó.

Pero no tuvo tiempo de añadir una sola palabra más. Tibbs se desplomó de bruces. En el centro de su espalda asomaba el mango de un puñal.

Un hombre saltó por encima del caído.

—¡Arriba las ma...!

Cincuenta atmósferas de aire comprimido, súbitamente liberado, dispararon un proyectil perforante. El sujeto manoteó y se desplomó, con el cuerpo atravesado de parte a parte.

Detrás de él, otro individuo pegó un horrible salto, cuando el proyectil, después de taladrarle el cuello, se le incrustó en la columna vertebral. Alguien en la oscuridad del jardín, lanzó un grito:

—¡El gas, Yarrell!

Rath tiraba de la muchacha hacia las habitaciones interiores. Dos bolas de vidrio, de unos diez centímetros de diámetro, se rompieron en el centro de la sala.

Espesas nubes de gas se dispersaron rapidísimamente. Rath sintió una extraña picazón en la garganta, a la vez que notaba que se le nublaba la mente.

Antes de que el gas invadiera por completo sus pulmones, soltó a la chica, corrió unos pasos, dio un salto y se lanzó con tremendo ímpetu a través de una ventana. Los cristales saltaron en mil pedazos con gran estrépito.

—¡Síguele, Orville! —Oyó una voz, mientras rodaba por el suelo.

El jardín era muy espeso y la oscuridad poco menos que impenetrable. Pero Rath conocía muy bien el lugar y pudo escapar, mientras detrás de sí escuchaba unos sonidos perfectamente identificables: los disparos de una pistola con silenciador y el silbido de las balas.

El pistolero abandonó la persecución al cabo de unos segundos. Su compinche estaba en la puerta.

—Pronto se disipará el gas —dijo.

Orville contempló estupefacto los dos cuerpos que yacían en el suelo, junto al de Tibbs.

—¿Qué diablos de arma ha usado ese tipo? —exclamó.

—No lo sé —contestó Yarrell—, pero en lo sucesivo habrá que andarse con mucho cuidado si nos enfrentamos con él. Es terriblemente peligroso, Orville.

—Con un solo disparo...

—Ha matado dos pájaros de un tiro, y no es una frase —dijo Yarrell. De pronto, se estremeció—. Menos mal que no íbamos tú y yo en vanguardia, Orville.

—No me lo recuerdes; se me pone la carne de gallina —contestó el otro—. ¿Qué hace la chica?

—Allí está, no te preocupes. Dentro de unos cinco minutos podremos entrar con toda tranquilidad. Vigila, no sea que a ese condenado lord se le ocurra volver con su maldita pistola.

* * *

El intelectual existencialista salió al pasillo, avanzó hacia la habitación donde yacía encamada Marlene Iltford y abrió la puerta.

—Hola —saludó alegremente.

Marlene sonrió y agitó su mano sana.

—Pase, Percy —invitó.

Rath entró y cerró la puerta.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó, mientras le ponía el ramo de flores sobre el regazo.

—Bastante mejor, pero esta pierna...

—Los médicos de hoy día hacen milagros, Marlene. Cuando llegue el buen tiempo podrá lucir las dos piernas más bonitas de todo

Londres. Si hay cicatriz, se la quitarán... lo mismo que la de la sien, créame.

—Eso espero —suspiró la paciente—. Bien, ¿qué me cuenta?

—Oh, yo he venido precisamente a que me cuente usted. He tenido complicaciones, Marlene.

Ella dejó de sonreír en el acto.

—¿Qué complicaciones, Percy? —preguntó.

—Se ha consumado el secuestro de Eva Thitle —respondió él.

Marlene estaba muy seria.

—¿Sabe quién lo ha hecho?

—Capté un nombre: Yarrell. ¿Le suena?

—¡Yarrell! —repitió Marlene—. No le conozco personalmente, pero se lo escuché al profesor Egini en cierta ocasión.

—Ah, Egini —sonrió Rath—. ¿Recuerda por qué nombraba a Yarrell?

—No, fue algo muy breve. Yo pasaba por su lado; él estaba hablando por teléfono. Eso es todo.

—¿Hablaba «con» Yarrell o «de» Yarrell?

—Yo diría que de Yarrell. Pero no sé quién era su interlocutor. De todas formas, le diré que más tarde fui al teléfono. Egini había anotado algo en la libreta que había sobre la mesita. Luego lo había tachado, pero no por completo. Me pareció el nombre de un bar o algo por el estilo.

—¿Lo recuerda, Marlene?

—E... el... el Halcón de Cabeza Dorada. Sí, ése es el nombre que yo leí en la libreta.

—Gracias, Marlene —dijo Rath, muy complacido—. Ahora, si no le importa, me gustaría escuchar su opinión acerca del profesor Egini.

—Mi opinión personal es pésima, Percy.

—Muy bien, pero, puntualice, por favor.

—Dejando a un lado sus conocimientos científicos, de los que no se puede dudar, le diré que me parece bajo y rastroso. Es un hombre en el que no se puede confiar ni siquiera para confiarle una moneda de diez peniques. Diría que jamás había recibido la moneda, ¿comprende?

—Vamos, un tipo capaz de traicionar a su propio padre.

—Exacto, Percy.

—¿Conocía Westerby esas cualidades, Marlene?

Ella hizo un gesto ambiguo.

—En Egini se puede confiar siempre que se tenga abierta la espita del dinero —contestó.

—Entiendo. —Rath se inclinó hacia ella y la besó en una mejilla—. Cúrate pronto; entonces te compensaré personalmente de los daños sufridos por el atropello.

Los ojos de Marlene brillaron.

—Estimaré más esa compensación que la que me dará la compañía de seguros —contestó.

Rath se dispuso a marcharse. De pronto, recordó una cosa.

—Ah, olvidaba preguntarte algo —dijo. Sacó un papel del bolsillo y se lo entregó a la paciente—. ¿Conoces a alguno de esos tipos?

Marlene leyó los tres nombres. Eran los hombres muertos por la bomba y por la pistola de aire comprimido.

—No —dijo, pasados unos segundos—, nunca los he oído nombrar.

Rath hizo una mueca, con la que quería ocultar el desencanto producido por la respuesta de Marlene.

—Adiós, hermosa —se despidió.

* * *

Westerby escuchó en completo silencio la grabación. Cuando las voces hubieron cesado, miró al hombre que tenía frente a sí.

—¿Qué opina usted, Mark? —preguntó.

Mark Cavendish se encogió de hombros.

—Rath es muy listo —contestó.

—Es el peor enemigo que podía habernos tocado en suerte —dijo—.

¿Se dio cuenta Marlene de que le instalaba la grabadora?

—No, en absoluto; ni tampoco cuando la retiré. Todo lo contrario; se mostró muy contenta cuando fui a visitarla en su nombre, señor Westerby.

—Rath ha conseguido pasársela a su bando —dijo Westerby, preocupadamente—. Me pregunto cuál será ahora su siguiente paso, Mark.

—Tal vez yendo a El Halcón de Cabeza Dorada...

—No es mala idea —aprobó Westerby—. Sin embargo, me extraña mucho que Rath no haya iniciado aún el viaje a la isla.

—Diríase que está haciendo preparativos para llegar allí con la

máxima seguridad, señor.

—Tal vez, Mark. De todas formas, le haremos una buena recepción, una calurosa recepción —sonrió Westerby—. ¿Se encargará del asunto Yarrell?

—¡Claro! ¡Es preciso saber quién trata de interferir nuestros planes! Y comprobar también si no se trata de una argucia del propio Rath.

—Tiene razón —convino Westerby—. Bueno, ya sabe lo que tiene que hacer, Mark.

—Sí, señor. ¿Qué hacemos con Marlene?

—Déjela por ahora. Tal vez Rath vuelva a visitarla. Nos convendría conocer su conversación.

—Sí, es una buena idea —aprobó Cavendish, sonriendo.

CAPÍTULO VII

Percy Rath continuaba usando su disfraz fisonómico, si bien las ropas diferían un tanto. Ahora vestía chaqueta azul, *pullover* de cuello alto, negro, y una vieja gorra de marino. La ubicación de El Halcón de Cabeza Dorada no era, ciertamente, cercana a los muelles del Támesis, pero en una capital como Londres, los marineros no hacen volver la cabeza a la gente.

La taberna era un semisótano bastante amplio. Había mucho humo, olor a *whisky* barato y hedor a humanidad. La fauna que se albergaba en el lugar era de lo más variada que Rath había visto nunca.

Algunas de las mujeres eran pingajos humanos. Había tipos también a los que no se les podía mirar a la cara. Rath se estremeció de ser reconocido inadvertidamente por alguien y producirse un intempestivo apagón de las luces; antes de que se diera cuenta, ya tendría envainado un cuchillo entre las costillas.

Con ciertos esfuerzos, avanzó hacia el mostrador, en donde pidió un doble de cerveza. Oteó el ambiente. ¿Cuál de aquellos tipos era Yarrell?

Una mujer se le acercó. Era pelirroja, estaba muy pintada y llevaba un estridente *pullover* a rayas horizontales naranja y verde. La prenda era dos números menor que la talla correspondiente a su propietaria.

«O tal vez lo que hay debajo es un síntoma de un notable desarrollo corporal», pensó.

—Me llamo Gussie, buen mozo. ¿A qué me invitas? —dijo ella.

—Pide, preciosa. Mi nombre es Brian.

Rath no mentía; Brian era uno de sus varios nombres de pila, si bien no lo usaba nunca.

Gussie pidió un doble del mejor *whisky*. Era guapa, pero basta, se dijo Rath.

—¿Trabajas aquí, Gussie?

—A ti, ¿qué te parece? —contestó ella con una sonrisa que quería ser brillante, pero que, en el fondo, encerraba una buena dosis de

resignación.

—He hecho una pregunta tonta —admitió Rath—. Oye, Gussie, busco a un tipo. —Decidió ser sincero a medias y continuó—: No voy a decirte que soy su amigo. Lo busco y basta. ¿Me comprendes?

—Dispara —sonrió la mujer.

—Yarrell. Es todo lo que sé.

Gussie entornó los ojos.

—Cuidado. Es un mal bicho, Brian —advirtió.

—Siempre soy muy precavido, Gussie. Bien, ¿qué me dices de Yarrell?

—Todavía no ha venido y no es seguro que venga. Pero normalmente llega alrededor de las diez de la noche.

—Falta casi una hora. ¿Nos sentamos a una mesa, Gussie?

—Encantada.

Buscaron una mesa. Rath pidió más cerveza y ella otro doble de *whisky*. Rath meneó la cabeza.

—Gussie, no soy un puritano, pero me disgusta que bebas tanto —dijo.

Ella se encogió de hombros.

—La vida, chico, no le des más vueltas —contestó con sonrisa profesional.

—Tal vez te gustaría salir de aquí —sugirió él.

—¿Y adónde iba a ir? ¿Quién me querría, Brian?

—Tal vez el empleo que yo podría ofrecerte no te guste. Pero sí te aseguro que podrías abandonar este género de vida. A menos que te guste de tal modo que no quieras hacerlo.

Gussie suspiró.

—No hay una sola chica de las que trabajan aquí que no quiera ser otra cosa. Pero ¿quién nos apoyaría? Nadie nos tiende una mano, Brian; eso son cosas que sólo pasan en los libros y en las películas.

Rath sonrió.

—A veces también pasa en la realidad —dijo—. Gussie, tienes que dejar que tu pelo tome su color natural, pintarte mucho menos y llevar otros ropajes. No digo que te vistas de luto, pero sí más discretamente, ¿comprendes?

—¿Adónde tengo que ir? —preguntó ella.

Rath sacó del bolsillo una tarjeta y escribió unas líneas.

—Entrégasela a esta dama —dijo—. Vas de mi parte; ella te dará el

empleo sin más preguntas. Por ahora, vestirás de negro, con cofia y puños blancos. Algunos lo consideran un empleo humillante; todo trabajo es digno si se desempeña con dignidad.

Gussie estaba leyendo la tarjeta. Al terminar, miró al joven con la boca abierta.

—Cielos —murmuró muy bajo—. Tú eres...

—Soy Brian —cortó Rath rápidamente—. Ella es una tía abuela que me quiere mucho. Eres aún joven y podrás llegar a algo en su casa. Los ojos de Gussie se humedecieron.

—Oh, Brian... —Hipó. Quería hablar, pero no podía.

—Mete la tarjeta en tu bolso y haz lo que te digo. No te arrepentirás, Gussie.

Ella obedeció.

—¿Qué más quieres de mí? —preguntó, agradecida.

—Con que me señales a Yarrell cuando llegue, tengo suficiente —respondió él—. Ah, olvidaba algo, Gussie.

Rath abrió el bolso y dejó en su interior unos cuantos billetes.

—Tienes que comprarte ropas nuevas, no lo olvides —sonrió—. Lo dejo en tu bolso, porque el *pullover* es de cuello cerrado y no tiene escote.

—Oh... pero ya no dejaría que me metieses el dinero en el escote —dijo Gussie con repentina energía.

Rath se echó a reír.

—No te pesará ir a visitar a mi tía, ya lo verás —dijo.

La conversación tomó luego otros derroteros. Pasado un buen rato, Gussie vio a alguien que entraba en la taberna.

—Brian, ahí llega Yarrell —indicó.

* * *

Rath miró disimuladamente hacia la puerta. Yarrell era un sujeto de buena planta y ancho de hombros. Vestía ropas corrientes, aunque quería presumir de elegante. Otro tipo le acompañaba y, como a Yarrell, se le advertía el bulto de la pistola en el lado izquierdo de la chaqueta.

«Bebe de ser Orville», pensó Rath, mientras se ponía en pie.

—Gussie, adiós. Sal inmediatamente de aquí; no permanezcas en la taberna un minuto más —aconsejó.

—Me iré ahora mismo —prometió ella.

Rath se acercó al mostrador. Yarrell y su compinche bromeaban con una de las *barmaid*, haciendo comentarios de dudoso gusto acerca de las protuberancias de su busto.

—Yarrell —llamó.

El sujeto interrumpió en el acto los falaces comentarios sobre los encantos de la *barmaid* y se volvió para mirarle.

—Sí —contestó secamente.

—Egini —dijo Rath—. Vengo de Knarbold.

—Alí —murmuró Yarrell—. Desembuche, amigo.

—Llámemme Brian —contestó el joven—. Pero aquí no; hay demasiado público.

—Entiendo. —Yarrell se volvió hacia el otro—. Aguarda aquí, Orville; volveré pronto.

—Está bien —dijo el otro, volviéndose hacia la *barmaid*, que parecía muy complacida de las barbaridades que escuchaba.

—Sígame, Brian —indicó Yarrell.

Al fondo de la sala había una escalera. Yarrell subió hasta el final, abrió una puerta, pasó a un mal iluminado corredor y se dirigió hacia uno de los reservados de la taberna.

Rath entró detrás del individuo y cerró. Yarrell se volvió hacia él.

—¿Y bien? —dijo, malhumorado—. ¿Qué diablos quiere ahora ese condenado Egini? Me mandó hacer algo, que costó la vida a dos de mis hombres...

—Y también murió un buen amigo mío —contestó Rath.

El otro se quedó atónito. Antes de que se recobrase, Rath le arreó un mamporro que lo envió casi volando hasta el otro lado de la estancia.

Yarrell rodó por el suelo, aturdido y sin comprender muy bien lo que le había sucedido. Rath cayó sobre él y le quitó la pistola, que lanzó debajo del diván que había en la sala.

Luego agarró a Yarrell por las solapas y le obligó a ponerse en pie.

—¿Dónde está la chica? —preguntó coléricamente.

Un hilillo de sangre corría por una de las comisuras de los labios de Yarrell. El rufián sacudió la cabeza para aclararse un poco las ideas. De pronto comprendió. Aquel barbudo era el mismo que estaba con Eva Thitle cuando ellos asaltaron la casa.

—Usted es...

—El mismo —corroboró Rath, ferozmente.

Y disparó su puño por segunda vez, pero ahora al estómago de Yarrell, quien se inclinó hacia adelante, lanzando un gemido de agonía.

La cara de Yarrell chocó repentinamente con una rodilla. Volvió a gruñir, abrió los brazos y rodó por el suelo.

—Basta —jadeó, completamente desmoralizado—. No me pegue más.

—De acuerdo. Pero tendrás que contestar a unas cuantas preguntas.

—Sí... lo que quiera... —Yarrell estaba ahora muy ocupado con su nariz, la sangre que brotaba de ella y un pañuelo.

—¿Dónde está la chica?

—West Black Road, 77 —contestó Yarrell—. Es una casa aislada, de dos plantas...

—¿Tiene ella asignada alguna habitación?

—Sí. En el piso superior, una que tiene ventanas a dos ángulos, en la esquina sur.

—Muy bien. Ahora, dime, ¿a qué ciudad pertenece esa dirección?

—No es una ciudad. Se trata de una aldea muy pequeña, llamada Barlyshare. La casa está a la salida, hacia el Norte.

—¿Hay teléfono?

Yarrell hizo un gesto negativo. Estaba aún sentado y quiso ponerse en pie, pero Rath se lo impidió.

—Sigue dónde estás y contéstame más preguntas. ¿Quién te ordenó raptar a la chica?

—Egini...

—¿Desde Knarbold? —se asombró el joven.

—No. Alguien me llamó en su nombre. Yo estuve una temporada en la isla. Luego vine a Londres. Egini y yo establecimos una contraseña.

—Comprendo —dijo Rath.

La respuesta de Yarrell concordaba con lo que le había dicho Marlene Iltford. Rath pensó que Egini estaba desarrollando un doble juego.

—¿Quién te llamó en nombre de Egini? —preguntó.

—No lo sé. Dio la contraseña y eso es suficiente. Me envió dinero por correo... Las cosas no se pueden hacer con tacañería, comprenda.

—Está bien —dijo—. ¿Qué distancia hay a Barlyshare?

—Ciento once kilómetros. El hombre de Eginí nos indicó esa dirección y envió la llave con el paquete del dinero.

—Y también os indicó la dirección del sitio donde yo había escondido a Eva Thitle.

—»Apuntó ese lugar como uno de los probables donde podría hallarse la chica —contestó Yarrell.

—Está muy bien informado de mi vida y milagros —masculló Rath entre dientes—. ¿Quién mató a Clarissa Curmont?

Yarrell se estremeció.

—No lo sé —contestó.

Mentía, se dijo Rath. En lugar de decir que no lo sabía, Yarrell debería haber preguntado quién era Clarissa Curmont.

Pero era un detalle de escasa importancia en aquel momento. A Clarissa ya no la volvería a la vida; en cambio, Eva sí estaba viva y debía evitar que sufriese ningún daño.

—Muy bien —dijo—. Habrás de perdonarme que trate de impedirte que me sigas, pero no me queda otro remedio.

La puerta se abrió de repente. Orville asomó y dijo:

—Yarrell, me parece que tardas demasiado...

De repente vio la situación y comprendió lo que sucedía.

Un gruñido de rabia brotó de sus labios. Metió la mano en el bolsillo y la sacó con gesto relampagueante. Casi en el mismo instante, se oyó un seco chasquido.

Una afilada lengua de acero surgió en la mano derecha de Orville, quien, sin más, se lanzó al ataque, tirándose a fondo.

Rath retrocedió un paso, pero dejó la pierna izquierda estirada. Orville pasó por su lado, errando el golpe.

Al mismo tiempo, Rath golpeó fuertemente con su puño derecho en la nuca del atacante. El resultado fue que Orville cayó hacia adelante, sin poder detenerse.

Un agudo chillido se oyó a continuación. Los dos hombres rodaron por el suelo.

Orville, aturdido, se levantó, ya sin la navaja, que había quedado hundida hasta el mango en el pecho de Yarrell. Rath disparó el puño derecho con todas sus fuerzas y Orville se desplomó fulminado.

Yarrell agonizaba. Rath le miró fríamente.

—En nombre de Larry Tibbs —murmuró.

Y luego fijó la vista en el inconsciente Orville.

—Despertarás dentro de un cuarto de hora, pero, o mucho me engaño o pondrás pies en polvorosa para no verte en líos con la policía —dijo, como si el rufián pudiera escucharle.

Apagó la luz y salió del reservado. Momentos después estaba en la calle, sin haber sufrido la menor molestia.

CAPÍTULO VIII

Entraba en el piso cuando sonó el teléfono. Rath corrió hacia el aparato y lo llevó a la oreja.

—Rath —dijo.

—¡Percy! —Sonó ansiosa la voz de Diana Growstone—. ¿Dónde te habías metido?

—Trabajando por ahí, preciosa —respondió el joven con acento de buen humor—. ¿Hay novedades?

—Tengo noticias para ti, en efecto —respondió Diana—. Westerby conoce tu visita a Marlene Itford.

—Rayos, está muy bien informado ese tipo —gruñó Rath—. ¿Qué más, hermosa?

—Marlene tiene una emisora de radio bajo la cama. Cavendish fue el que la instaló.

—¿El secretario de Westerby?

—Más que secretario, es su factótum, para que lo entiendas. Ese puesto lo ocupo yo, guapo.

—Comprendo. Cavendish es su brazo derecho para los asuntos sucios.

—Exacto. Te preparan una buena recepción en Knarbold.

—Será bueno ir prevenido. ¿Algo más, Diana?

—Sí. Están locos, preocupados porque no pueden encontrar a Eva Thitle.

—Y no la encontrarán, Diana.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de ello, Percy?

—Ya lo sabrás en su momento. Ahora, lo que me interesa es tu seguridad.

—Por eso no te preocupes; nunca doy un paso en falso —contestó la joven.

—Lo celebro, pero, a pesar de todo, no te confíes.

—Descuida, Percy. Ah, oye, la plegadera que me diste es muy útil. Rath soltó una risita.

—Un aparatito sumamente ingenioso —contestó—. Me lo traje como recuerdo de mis viejos tiempos en el I. S.

—Pero, no entiendo... ¿Cómo se puede meter una emisora de radio en el mango de un abrecartas?

—Querida, olvidas que hay gafas con patillas para los duros de oído y también las hay con receptores de radio. La patilla de una de esas gafas no es más gruesa que el mango de tu plegadera.

—De la plegadera que Westerby tiene sobre su mesa de despacho —puntualizó Diana.

—Bueno, es lo mismo. Diana, tengo que cortar; he de salir de viaje inmediatamente.

—¿Adónde vas, Percy?

Rath lanzó un hondo suspiro.

—A lo que parece, me voy a pasar la vida rescatando a Eva Thitle y permitiendo luego que me la secuestren —contestó.

* * *

La aldea de Barlyshare estaba sumida en el más profundo silencio. El coche de Rath cruzó la única calle a marcha moderada, casi sin hacer ruido.

Eran las dos de la madrugada. Rath pensó que resultaba una hora muy adecuada para lanzar el asalto.

Se había preparado adecuadamente para la operación. Obviamente, Eva no podía estar sola. Yarrell no era tan tonto como para dejarla encerrada en una habitación, sin vigilancia, expuesto a que la joven se escapase.

El amigo de Eginí había enviado dinero, al parecer, en abundancia. Yarrell debía de haber contratado a un grupo de rufianes, conocidos suyos, capaces de cometer cualquier barbaridad por veinticinco libras.

—O tal vez cincuenta —se dijo—. Hoy día, los precios suben para todo.

Estacionó el coche en un lugar discreto, fuera de la aldea. La casa donde Eva estaba encerrada se hallaba a unos doscientos pasos de distancia.

Avanzó a pie, cautelosamente. Pronto divisó la silueta del edificio. Le pareció muy lógico que estuviese rodeado de un jardín, cuyo ornato principal eran varios árboles de añejo tronco y copa muy frondosa.

Situado bajo uno de los árboles, examinó la esquina sur. La luz estaba apagada. Eva, sin duda, dormía ya.

Las ramas de uno de los árboles quedaban muy cerca de aquella esquina. Rath calculó que podía encontrar más obstáculos por la puerta. Quizá había demasiados esbirros guardando a Eva.

Sin pensárselo dos veces, empezó a trepar por el tronco. Luego avanzó sobre una de las ramas, gruesa como uno de sus muslos. La rama, no obstante, se balanceaba de un modo poco agradable. Rath pensó que tal vez no soportaría el peso combinado de su cuerpo y el de Eva.

—Por lo menos, tendré la ventaja de la sorpresa —se dijo, ya en las inmediaciones de la ventana.

El edificio era antiguo, de recios muros de piedra. Por tanto, el antepecho de la ventana resultaba una ayuda considerable para el acceso a la habitación.

Tomó el impulso y se lanzó al vacío. Se agarró al alféizar con ambas manos y luego se izó a pulso. Una vez estuvo sentado, probó a levantar el bastidor, sin conseguirlo.

—Era lógico que cerrasen la ventana —murmuró.

Sacó una linterna y la enfocó al interior. Eva dormía apaciblemente. La linterna le reveló la soledad de la muchacha en su encierro. Pero no cabía la menor duda de que debía de tener algún esbirro vigilando al otro lado de la puerta.

Había que hacer algo. Probablemente, la ventana estaba clavada. Eva no podría abrirla desde el interior.

Reflexionó un momento. Pasados unos segundos, se le ocurrió una idea.

Arañó los cristales. Después de varias intentonas, Eva abrió los ojos. La muchacha vio la luz de una lámpara en el exterior y luego, atónita, se dio cuenta de que el hombre que estaba en la ventana se enfocaba hacia sí mismo el haz de rayos, a la vez que se ponía un dedo ante los labios.

Eva se sentó de golpe en la cama. El corazón le latía alocadamente. Estuvo a punto de gritar, pero supo contenerse y, sin cuidarse de la transparencia de su camisón, corrió hacia la ventana.

Gesticuló para indicar al joven que estaba cerrada. Rath hizo un gesto de aquiescencia. Luego dijo a Eva por señas que pegase su oreja al cristal.

Eva obedeció. Rath habló con los labios también pegados al vidrio: —Voy a entrar, pero haré ruido. Encienda la luz y coloque una silla tumbada a un metro de la puerta. ¿Me ha comprendido? Pero primero vístase...

Los ojos de Eva brillaron. Dijo que sí con la cabeza y corrió a encender la luz.

Rápidamente, se puso sus ropas. Cuando terminó, se dio cuenta de que Rath había presenciado toda la operación y se ruborizó. Rath sonreía alegremente, pero a ella no le supo mal, pese a todo.

Luego colocó la silla tumbada en el sitio señalado. Rath se puso en pie en el alféizar.

Estiró las manos y agarró el canalón del alero. Probó un instante; era lo suficientemente fuerte para sostenerle.

Los pies de Rath golpearon la ventana con tremenda potencia, provocando un estrépito considerable. Los tirantes de madera y los vidrios saltaron ruidosamente al interior.

Rath entró un segundo más tarde. Casi en el mismo momento, la puerta se abrió y un individuo, pistola en mano, irrumpió ciegamente en el dormitorio:

—¿Qué diablos pasa...?

Cuando quiso darse cuenta, ya caía hacia adelante, a causa del obstáculo colocado en su camino. La pistola se escapó de sus dedos y Rath la lanzó bajo la cama de un puntapié.

El hombre empezó a levantarse. Un puño, que parecía de granito, golpeó su mandíbula. Fue suficiente para que perdiera todo interés por las cosas de este mundo.

—Vamos, Eva —dijo él.

—Hay más, Percy —contestó la muchacha, alarmada.

—¿Cuántos? —preguntó Rath, mientras salían de la habitación.

—Por lo menos, otro más... aunque he llegado a ver cuatro juntos a la vez —explicó ella.

Dos, calculó Rath, debían de ser Yarrell y Orville. Al primero ya no era necesario tenerle en cuenta. El segundo era más dudoso, si bien cabía especular con la falta de una inteligencia deductiva, que le permitiese saber cuál era el paso que Rath iba a dar después de su conversación con Yarrell.

Como fuera, era preciso salir de allí. Y había hecho mucho ruido.

—Sígame, Eva —dijo el joven, tendiéndole una mano.

Paso a paso, avanzaron hacia la escalera que conducía a la planta baja. Un hombre asomó en aquel momento por una de las puertas laterales, visiblemente alarmado por los ruidos.

—¡Stacey! —gritó—. ¿Qué ha...?

La voz se quebró en su garganta al verse apuntado por una pistola de pavoroso aspecto.

—Será mejor que levante las manos, amigo —dijo Rath—. Stacey está ahora sumido en un bello sueño.

El hombre había palidecido. Rath y Eva descendieron por la escalera y se dirigieron hacia la salida.

De súbito, el pistolero saltó a un lado para refugiarse tras un sillón, a la vez que sacaba la pistola. Rath aguardó un instante a que su adversario estuviese agazapado tras el mueble y entonces apretó el gatillo de su pistola de aire comprimido.

El proyectil atravesó el mullido del sillón y un hombro del pistolero. Se oyó un chillido de dolor. Un cuerpo humano rodó por tierra, contorsionándose aparatosamente.

Rath corrió hacia él y se apoderó de la pistola que, observó, tenía puesto el silenciador. El sujeto le miró con expresión de sufrimiento.

—Justo castigo a tu desobediencia —dijo Rath alegremente.

Y corrió hacia la salida, donde ya le esperaba Eva.

—Tengo mi coche cerca de la aldea... —empezó a decir, pero, justo en el mismo instante, la luz de unos faros de automóvil hirió sus ojos, deslumbrándoles por completo.

—¡Alto! ¡Quietos ahí! —gritó Orville.

«Es menos tonto de lo que yo creía», pensó Rath, a la vez que cargaba contra Eva con el hombro izquierdo.

Eva chilló al caer. Rath, arrodillado, disparó varias veces contra la silueta que entreveía junto al coche.

Orville pegó un salto y cayó, apoyado sobre el motor del vehículo. Intentó agarrarse a una aleta, pero acabó resbalando al suelo, en donde quedó inmóvil.

Rath se puso en pie.

—Lo siento, Eva —se disculpó.

Ella, sentada en el suelo, se sacudía la falda con las manos.

—Me parece vivir como en una pesadilla —dijo—. Nunca me había sucedido nada semejante...

—Tiene usted la suerte de ser la hija de Edward Thitle —dijo él con

una amplia sonrisa—. Eso lo explica todo, creo yo.

—Sí, y también la maldita Dinam-N —contestó Eva, con una repentina e insospechada explosión de cólera.

—Lo lamento; yo no soy el culpable de lo que sucede; en todo caso, procuro ayudarla.

Eva se puso en pie y se limpió la falda por la parte posterior.

—No le reprocho a usted nada, Percy —manifestó—. Pero tiene que convenir conmigo en que todo lo que me sucede es más que irritante.

—En eso estamos de acuerdo —sonrió él—. ¿Vamos, Eva?

—Sí, Percy... ¿No va a hacer nada por los hombres que se quedan aquí? —preguntó la muchacha.

—Es asunto de ellos —respondió Rath, sobriamente.

Minutos después entraban en el coche.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Eva.

—Me gustaría llevarla a un buen refugio...

—Necesito ropas. No tengo más que lo puesto; usted lo ha visto de sobras —dijo ella.

Rath sonrió mientras daba el contacto.

—Lo he visto, en efecto —admitió.

Eva se ruborizó.

—Un caballero hubiera vuelto la cabeza, mientras yo me vestía —le reprochó.

—Eva, hermosa, la tentación resulta demasiado fuerte, a veces, y uno entonces olvida las lecciones de galantería aprendidas en otros tiempos —contestó Rath.

—Lo cual significa que es usted un tipo fresco.

—Lo reconozco humildemente. Pero sólo lo soy con las mujeres jóvenes y hermosas. Para las de más edad, sólo tengo mi más profundo respeto.

Eva sonrió imperceptiblemente.

—A pesar de todo, me simpatiza usted, Percy —dijo.

—Lo cual llena de un júbilo inmenso mi corazón —repuso él.

CAPÍTULO IX

Dos horas después llegaban a casa de la muchacha.

Todo estaba en orden. Eva explicó:

—Tengo una mujer que viene a limpiar la casa tres veces por semana, Percy.

—Eso lo aclara suficientemente, Eva.

—En la cocina hay elementos para preparar algo de comida y café, si lo desea —indicó ella—. Por cierto, aún no me ha dicho adónde piensa llevarme.

—A Harranby Castle, propiedad de mi tía abuela, *lady* Moira Stout-Harranby —contestó él.

Eva le dirigió una mirada de sorpresa. Sin embargo, se abstuvo de hacer ningún comentario y se dirigió a su dormitorio.

Rath se sentó en un diván. Sentíase muy cansado.

La noche había sido agitada en extremo. Casi sin darse cuenta, se tendió a lo largo en el diván.

—Descabezaré un sueñecillo... —Bostezó aparatosamente.

Eva salió media hora más tarde de su dormitorio. Se había aseado con rapidez, cambiándose de ropa. En la mano llevaba un maletín.

Rath dormía profundamente. Eva sonrió.

Volvió al dormitorio y regresó con una manta, que colocó sobre el durmiente. Luego tiró del cordón de la lámpara y apagó la luz.

—Creo que a mí también me conviene un poco de sueño —se dijo.

Rath despertó ya bien entrado el día. La luz le dio en los ojos y se sentó, todavía torpe y envarado.

—Demonios —exclamó de pronto—. Van a dar las doce.

Una voz sonó de repente en el interior de la casa.

—¡Percy! ¿Está ya despierto?

—Eso parece —contestó el joven—. Pero no debió dejarme dormir tanto rato...

—Le vi muy cansado —contestó Eva desde la cocina—. Ande, vaya al baño y dese una buena ducha. Habrá huevos con tocino, mantequilla, mermelada, pastas, té o café a elección... Ah, también veo en el congelador un par de buenos filetes. Tengo una asistente

que es una maravilla de previsión.

—Cuando la vea dele un beso en mi nombre, Eva —recomendó Rath, a quien la enumeración de los manjares le había hecho la boca agua.

Cuando salió del baño, treinta minutos después, se dirigió a la cocina. Algo crepitaba alegremente en la sartén.

Eva estaba frente al fogón. Llevaba puesta una blusita y una falda muy corta, que permitía ver dos piernas de contornos intachables. Miró al joven por encima del hombro y sonrió.

—El almuerzo estará listo dentro de unos minutos.

—Eva, permítame que le diga que compone usted una estampa hogareña realmente subyugadora —dijo Rath.

—¿Le gusto de veras, Percy? —preguntó ella, volviéndose hacia su huésped.

El delantal que llevaba puesto, algo más largo que la falda, aumentaba su atractivo.

—Esas cosas no se le deben preguntar nunca a un hombre, Eva —respondió él.

—¿Estima usted que lo que he dicho es algo peligroso?

—¿Para quién, Eva?

La muchacha sonreía...

* * *

—Me pregunto qué tal me recibirá tu tía —dijo Eva, a la mañana siguiente, mientras el coche rodaba por el centro del extenso parque que rodeaba Harranby Castle.

—*Lady Moira* es muy comprensiva; con ella estarás muy a gusto —aseguró Rath.

Momentos después se detenían ante la puerta de una imponente mansión, en la que sucesivas modificaciones no habían conseguido eliminar las dos altas torres que habían formado parte de la fortaleza en la época medieval. La entrada era un espléndido ejemplar del gótico Windsor, pero en modo alguno formaba parte de una fachada que abrumase con su mole pétrea.

Un atildado mayordomo acudió a abrir la portezuela del coche. Rath le saludó con efusión.

—Mi buen Carver, los años no pasan por ti —dijo.

—Gracias, milord —respondió el mayordomo—. Usted está mejor que nunca, si me permite decírselo.

—No hay inconveniente, Carver. Ah, ésta es la señorita Thitle. Se quedará una temporada haciendo compañía a *lady* Moira.

Carver hizo una profunda reverencia.

—Es un placer conocerla, señorita Thitle —saludó—. Pueden pasar; *milady* está en su salón particular. Yo me encargaré del equipaje, milord.

—Gracias, Carver. Ven, Eva.

La muchacha estaba pasmada. El inmenso vestíbulo la sobrecogió. Era una enorme pieza, adornada con banderas, colgaduras, trofeos de todas clases y media docena de impresionantes armaduras. Un par de gigantescas panoplias, repletas de todo género de armas, contribuían a la decoración del lugar.

—Todo esto parece tan antiguo... —dijo Eva, absorta.

—Algunas de las armas y de los trofeos proceden de la época de las Cruzadas —explicó Rath sobriamente—. Pero ya tendrás tiempo de examinarlo con detenimiento. Ven, por favor.

Rath atravesó el vestíbulo y se detuvo ante una puerta. Llamó y alguien dio permiso desde el interior.

El joven abrió. Un enorme perrazo se levantó entonces y caminó lentamente hacia la pareja, deteniéndose ante Eva, a cuyas piernas husmeó unos instantes.

Ella retrocedió, atemorizada.

—No temas —dijo Rath—. «Guru» no ataca a los amigos. ¿No es cierto, «Guru»?

El perro agitó la cola. Luego se puso en pie y apoyó las patas en los hombros del joven, quien le rascó la cabeza alegremente.

—«Guru», buen amigo, hacía tiempo que no nos veíamos...

Eva seguía impresionada. Aquel enorme danés puesto sobre sus patas traseras, era casi tan alto como Percy, quien, ciertamente, no pecaba de bajo de estatura.

Una voz femenina sonó de pronto desde el otro lado de un sillón:

—Sobrino, eres un tipo descortés. Nunca he visto a nadie que saludase antes a un perro que a la dueña de Harranby Castle.

Rath se echó a reír.

—Perdóname, tía Moira, pero «Guru» salió a recibirnos antes que tú

—contestó jovialmente. Agarró el brazo de Eva y la empujó hacia

adelante—. Ven, ha llegado el momento de las presentaciones.

El perro se tendió de nuevo sobre la piel de oso que había delante de la chimenea, que estaba encendida en aquellos momentos. Eva se vio situada ante una dama de edad, de cabellos completamente blancos y vestida con gran sobriedad.

Lady Moira examinó a la muchacha a través de sus impertinentes de oro.

—¿Tu prometida, Percy? —preguntó.

Rath carraspeó.

—Se llama Eva Thitle y la he traído aquí para que te haga compañía unos días, tal vez un par de semanas, pero no más —respondió el joven—. Eva, tengo el gusto —de presentarte a mi tía, *lady* Moira Stout-Harranby.

Instintivamente, Eva hizo una ligera genuflexión.

—¿Cómo está usted, *lady* Moira? —saludó, muy turbada.

La anciana hizo un gesto de aprobación.

—Me gusta —dijo—. Es fina, elegante y parece una buena chica. Justo lo que te convendría a ti para sentar la cabeza, sobrino loco.

—Todavía soy joven, tía —respondió Rath con jovial acento—. Lo cual no obsta para que sepa apreciar todas esas cualidades de Eva y alguna más que te has dejado en el tintero.

—¡Hum! —dudó *lady* Moira—. No te fíes de él, muchacha; cuando menos te lo esperes, te dejará plantada. Percy tiene el incurable defecto de la inestabilidad.

—Alguna se lo curará, *lady* Moira —dijo Eva.

—Como no le ponga grilletes en los tobillos... —contestó la anciana con soma—. Percy, anda, tira de ese cordón; pediré que os traigan una taza de té.

—Como dicen los lapones, eres la sombra de una palmera en el desierto, tía —exclamó Rath, mientras se acercaba al cordón que pendía junto a la chimenea.

—Los naturales de Laponia viven en la tundra helada, sobrino.

—Sí, pero ¡cuánto les gustaría vivir en el desierto!

Eva contuvo una sonrisa. La puerta se abrió de repente.

—¿*Milady*? —dijo una atildada doncella, vestida con el uniforme tradicional.

—Gussie, sirve a mis huéspedes una taza de té —ordenó la anciana. Rath tenía la boca abierta. La doncella era...

Gussie se había quedado parada un instante, pero reaccionó con presteza.

—Muy bien, *milady* —contestó.

«Cómo ha cambiado esa chica», pensó Rath.

La conversación tomó luego derroteros triviales. Gussie entró minutos después, con una bandeja en las manos.

—Perdón, *milady* —dijo—. Lllaman a lord Percival al teléfono.

—Con tu permiso, tía —se disculpó el joven.

Rath salió. *Lady Moira* dijo:

—No me gusta tener el teléfono en mi salón. Es un artefacto molesto.

—Sí, señora —concordó Eva.

Mientras, Rath había llegado a la biblioteca. Tomó el aparato y pronunció su nombre.

—Soy Diana —oyó—. Pasado mañana embarcamos para Knarbold.

—¿Nada más, Diana?

—Eso es todo. Adiós, tengo prisa, Percy.

Rath colgó el teléfono. Estuvo inmóvil unos instantes y luego abandonó la biblioteca.

En el vestíbulo se encontró con la nueva doncella.

—Gussie, me alegro de que hayas seguido mis consejos —dijo, sonriendo.

—Fueron unos consejos muy acertados, Percy... perdón, milord —contestó ella.

—¿Te encuentras a gusto aquí?

Gussie suspiró. Luego agitó una mano circularmente.

—Todo esto es tan atractivo... Nunca me arrepentiré de haber seguido los consejos de milord —manifestó.

—Gracias, Gussie. Pero sé que si continúas aquí, no te quedarás dónde estás. Hay puestos más elevados en Harranby Castle.

—Lo sé, milord. En todo caso, ya no seré nunca más una chica de taberna, usted ya me comprende.

—Desde luego, y me alegro de ello. Con permiso, Gussie.

La nueva doncella dobló ligeramente las rodillas.

—Sí, milord —contestó...

Rath entró en la sala. Eva le miró inquisitivamente.

—¿Alguna noticia, Percy? —preguntó.

—Sí —respondió el joven. Se apoyó en el alto respaldo del sillón en

que estaba sentada la anciana—. Lo siento, tía, pero mañana habré abandonado tu grata compañía.

—¿Lo ves, Eva? —dijo *lady* Moira—. Es un inconstante...

—¿Vas a Knarbold? —preguntó la muchacha, adivinando la verdad.

—Sí. He de preparar todo, a fin de hacer una llegada convincente. Necesito un par de días de tiempo, claro.

Eva se puso repentinamente en pie.

—Entonces, yo iré contigo —decidió.

—¡Pero, Eva...! —se sorprendió Rath.

—No se hable más. Estoy resuelta a ir a Knarbold contigo o iré por mi cuenta. No olvides que mi padre está allí, prisionero de un sanguinario criminal.

Lady Moira meneó la cabeza.

—Estas muchachas de hoy día —comentó mordazmente—. No tienen sentido de la prudencia, ni de la discreción... Sí, creo que eres la mujer que necesita ese botarate de mi sobrino —concluyó la anciana su vitriólica requisitoria.

Eva miró al joven y le guiñó un ojo. En cambio, Rath hizo un gesto con el que quería expresar la resignación que sentía.

CAPÍTULO X

La embarcación se balanceaba de mala manera en un mar bastante agitado. Eva, agarrada con ambos brazos al mástil, miró a Rath con expresión suplicante.

—¡Percy! ¿Falta mucho? —gritó.

Rath se echó a reír.

—Un par de millas —contestó—. Hay mucha bruma y la visibilidad es muy reducida.

—No puedo más —gimió Eva—. Son demasiadas horas... Mi estómago está ya muy maltrecho...

—Preciosa, creo recordar que fuiste tú quien insistió en venir a Knarbold por encima de todos los obstáculos —recordó él punzante. Una ola vino hacia la embarcación y Rath maniobró con el timón, a fin de acometerla por la proa. La nave, un balandro de escasamente siete metros de eslora, con un foque y vela mayor, saltó como caballo encabritado.

Una rociada de espumas golpeó a Eva, que seguía agarrada frenéticamente al palo. De lo alto se desprendió repentinamente un fuerte chubasco, que redujo todavía más la visibilidad.

Rath frunció el ceño. El tiempo empeoraba por momentos. Delante de sí tenía un pequeño cuadro de instrumentos y la baja del barómetro era muy acusada.

—Espero llegar a Knarbold antes de que se desencadene la galerna —musitó.

Tanto él como Eva iban convenientemente equipados con ropas impermeables y botas. Además, en la pequeña camareta de la embarcación llevaban sus equipajes, no muy recargados, por cierto. El viento silbaba entre el cordaje. Eva cerró los ojos ante aquella ininterrumpida sucesión de olas, ninguna de las cuales bajaba de cinco metros. Aterrada, se preguntó cómo haría Rath para llegar sin daños a buen puerto.

Rath viró veinte grados a estribor. Ahora el viento les era más favorable y el balandro avanzó con mayor rapidez. Detrás de sí, convenientemente preparado, tenía un motor fuera borda. Lo

utilizaría en el momento oportuno.

Transcurrió media hora más. El chubasco había pasado de largo y la bruma empezaba a aclarar ligeramente, si bien las rachas de viento parecían aumentar en intensidad.

Una sombra confusa se divisó de pronto en el horizonte. Rath esperó unos cuantos minutos más y luego gritó:

—¡Eva, Knarbold a la vista!

Ella volvió la cabeza. La isla surgía de la bruma, con aspecto fantasmagórico, una mole gris rematada por un abigarrado conjunto de rocas en lo alto, que le proporcionaban la vaga apariencia de un castillo edificado por un arquitecto demente.

Rath estudió la isla durante unos instantes. El origen basáltico era evidente. La isla de Staffa, con su famosa gruta de Fingal, no estaba, a fin de cuentas, tan lejos, y tenía el mismo origen geológico.

—¿Quién vive en la isla, Percy? —preguntó la muchacha.

—Dos torreros del faro y sus familias, pero están al otro lado —contestó él—. Además, hay media docena de casas de pescadores, la mayor parte de los cuales emigran durante la época invernal. Dudo mucho de que hayan vuelto aún.

—Es decir, Westerby y los suyos son, prácticamente, los únicos habitantes de la isla.

—Así se podría decir —convino Rath.

Knarbold estaba cada vez más cerca. Rath conocía, si quiera fuese por referencias, el edificio donde se alojaban Westerby y sus colaboradores. En tiempos, había sido la morada de un excéntrico, quien solía pasar largas temporadas en la isla. Había muerto loco y sus herederos ansiaban frenéticamente deshacerse de la mansión a cualquier precio, pero nadie se la compraba. La mejor oferta había sido la de Westerby; alquiler por un año y a un precio muy satisfactorio.

La información procedía directamente de uno de los herederos del primitivo dueño. Ello había completado, junto con la exhibición de un plano del edificio, los informes recibidos de Marlene Iltford.

La residencia no se divisaba aún, escondida en la parte alta, en un hueco entre las rocas basálticas de la cumbre, una especie de hornacina sin techo, abierta por uno de los lados y orientada al Sur. Las rocas protegían al edificio de la furia de los vientos predominantes del Norte.

El balandro estaba ya a media milla, menos de un kilómetro. Rath decidió poner en marcha su plan de aproximación.

Lo primero que hizo fue trincar el timón. Luego corrió a la proa y, con una navaja, rasgó el foque, que aleteó con fuertes chasquidos.

De la parte alta de la vela mayor pendían dos fuertes cabos. Tiró sucesivamente con todas sus fuerzas y la vela se rasgó. Eva le contemplaba con gran expectación.

Una vez concluida su labor, regresó al timón y echó a andar el motor. La embarcación se acercó a la costa.

—Pero no podrás simular el naufragio —gritó Eva—. Verán el motor...

—No lo verán —contestó él.

Se oían fuertes latigazos de las velas supuestamente rasgadas por el viento. Rath ya conocía el punto donde debía desembarcar y enfiló hacia allí la proa de la nave.

Minutos después, se hallaban en una ensenada batida por las olas. Había allí una diminuta playa, de no más de treinta metros de anchura y Rath hundió la proa de la embarcación en la arena.

—¡Salta, Eva!

Ella corrió tambaleándose hacia la proa y saltó a tierra. Rath mantenía el balandro fijo contra la costa por la acción del motor.

Los equipajes estaban ya afuera. Eran dos sencillas bolsas impermeables, que volaron por el aire hasta la playa.

Luego, Rath dio marcha atrás y se separó veinte metros de la playa. Viró ligeramente y enfiló un saliente rocoso, que constituía el límite norte de la ensenada.

La nave tomó un fuerte impulso. Rath aflojó los pernos que sujetaban el motor y lo dejó caer al agua, justo cuando la proa del balandro estaba a una docena de metros de las rocas.

El mismo impulso que llevaba provocó el choque de la embarcación contra la costa. Rath tomó impulso y saltó con todas sus fuerzas, mientras se escuchaba un crujido empavorecedor.

Eva contemplaba la operación desde lugar seguro. Por un momento llegó a temer que el joven se estrellaría contra las rocas, pero Rath consiguió superar la difícil situación y pronto se colocó en un punto donde las olas no llegaban.

El balandro retrocedió. Un golpe de mar, más fuerte que los restantes, lo arrojó contra las rocas. Se oyó un fúnebre chasquido.

En el casco se abrió un gran boquete, por el que entró el agua a torrentes.

La embarcación empezó a hundirse. Rath se quitó el gorro impermeable que llevaba y lo levantó en alto.

—Saludo a un barco valeroso —dijo melodramáticamente.

Eva suspiró.

—Esto sí que es quemar las naves, Percy —dijo.

El palo asomaba de las aguas. La embarcación había quedado en un fondo de cinco o seis metros.

—Sí, hemos quemado las naves —convino Rath.

—¿Y ahora?

—Ahora... —Rath buscó con la vista un lugar adecuado y siguió hablando—: Ahora, a esperar la llamada que hemos de recibir para iniciar el asalto a la fortaleza.

* * *

Habían transcurrido un par de horas. Rath y Eva estaban acurrucados en un hueco entre las rocas. La muchacha tiritaba a veces.

Rath destapó un frasquito de metal y se lo entregó.

—Un sorbo de coñac te sentará bien —dijo.

Delante de él tenía un diminuto transmisor de radio, con la antena desplegada. De pronto, se oyó una voz:

—Helena a Aquiles... Helena a Aquiles... ¿Me oyes?

—Aquiles a Helena. Te oigo perfectamente. Adelante.

—Has llegado bien, supongo.

—No podemos quejarnos, Helena —contestó Percy.

—¿Eh? ¿Hablas en plural? —se sorprendió Diana.

—Ya te explicaré luego, Helena. Dame informes, por favor.

—Está bien. Aquí todo parece en orden. Por supuesto, Thitle no tiene grilletes en los pies.

—En tu opinión, ¿está secuestrado?

—Yo diría más bien retenido. No me parece, sin embargo, que se encuentre a gusto.

—Comprendo. ¿Cómo anda Troya de personal?

—¡Uf! Aquiles, ten cuidado. Esto está plagado de tipos patibularios. Lo menos hay doce y todos armados hasta los dientes.

—Westerby quiere sentirse seguro, ¿eh?

—No lo dudes. Me pregunto cómo harás para salir de Knarbold, suponiendo que lo consigas y suponiendo también que puedas llevarte al profesor.

—Algo inventaré, no te preocupes. Dime, ¿qué sabes de la Dinam-N? ¿Has oído algo?

—Aquiles, yo diría que andan por la cifra ciento diez. Al menos, eso es lo que escuché ayer por la tarde en una conversación que sostenían Westerby, Cavendish y Egini. Thitle también asistía, pero estuvo silencioso casi todo el tiempo. Sólo abrió la boca una vez y fue para decir que quería volver a Londres. Egini le hizo callar y no de buena manera.

—¿Estabas tú presente?

—Sólo fueron unos momentos. Oí, desde luego, lo de la Dinam-110 y entonces fue cuando Thitle protestó.

—Comprendo. ¿Qué me dices de Egini, Helena?

—Aquiles, si eso de la metempsícosis es cierto, Egini, cuando vuelva nuevamente a la vida, reencarnado en un animal, lo hará en la figura de una serpiente de cascabel.

—Comprendo, Helena. ¿Hay riesgo para ti?

—No, en absoluto. Me he ganado la confianza de Westerby. No diría tanto de Cavendish, pero tampoco tiene por qué recelar de mí.

—Lo celebro. Bien, en cuanto nos sea posible, iniciaremos el asalto.

—Suerte, Aquiles.

—Gracias, Helena.

Rath cortó la comunicación y miró a Eva.

—Ya has oído —dijo.

—Sí. ¿Por qué usabais esos nombres? —preguntó ella.

—Diana Growstone hace un poco de caballo de Troya. Recuerda, Helena estaba en Troya y Aquiles en el bando opuesto.

—»Fuera de la plaza sitiada.

—Exacto.

—Pero los troyanos son muchos...

—El ingenio también cuenta. Anda, vamos —dijo él, a la vez que se ponía en pie.

CAPÍTULO XI

La vegetación era casi nula en Knarbold. Apenas si algunos líquenes crecían en sitios resguardados del viento. Los espacios lisos eran poco menos que inexistentes.

Knarbold poseía una singular belleza visual, pero resultaba una belleza tétrica y deprimente. Sólo un tipo con deficiencias mentales o porque fuese su obligación, podía residir allí. La isla era un sitio para pasar algunos días en el buen tiempo, pero no más, pensó Rath.

La residencia no se veía todavía. Había unos mil quinientos metros desde el punto donde habían desembarcado, si bien el edificio tenía la costa más cercana caminando en dirección sur. Rath y Eva se acercaban llegando casi desde el Oeste. La isla tenía unas dimensiones máximas de dos mil quinientos metros de largo por mil doscientos de anchura.

Ellos caminaban siguiendo aproximadamente el eje mayor. La cota máxima de Knarbold no llegaba a los trescientos metros.

El mar rugía sordamente a lo lejos. Ya tenían a la vista el imponente conglomerado basáltico de la cumbre, en cuyo seno había sido construido el edificio.

Era una impresionante colección de columnas de color negruzco, vomitadas por alguna colosal erupción volcánica millones de años antes. Los fustes de las columnas, cuyo grosor oscilaba de unos pocos centímetros a más de un metro, poseían la forma típica hhexagonal de la geología del basalto.

La formación estaba compuesta por millares de columnas, amontonadas en sucesivos escalones, de construcción irregular, algunos de los cuales alcanzaban alturas de diez y más metros. Eva se imaginó las fuerzas plutónicas, vomitando materias eruptivas en la noche de los tiempos, con una potencia que ningún humano era capaz de imaginar. Al enfriarse, la lava basáltica había adoptado aquellas caprichosas formas, que ni aun el más imaginativo pintor surrealista habría sido capaz de trasladar al lienzo.

De repente, cuatro hombres armados con metralletas surgieron de

un cercano grupo de rocas.

—¡Alto! —dijo el que mandaba el grupo—. ¡No sigan! ¡Esto es propiedad privada!

—Disculpe, amigo —contestó Rath—. Mi esposa y yo viajábamos en un balandro y nos sorprendió el súbito cambio de tiempo. Nos estrellamos contra las rocas y apenas si tuvimos tiempo de saltar a tierra.

El individuo les miró curiosamente.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó.

Rath había tenido la precaución de adoptar el disfraz con el que había ido a hablar con Yarrell. En cuanto a Eva, tenía teñido el pelo de negro y llevaba lentillas marrones en los ojos, para ocultar el azul de sus pupilas.

—Me llamo Brian Dotter —contestó el joven—. Mi esposa Emily.

—Soy Rock Frand —dijo el sujeto—. Repito; esto es propiedad privada.

—Lo siento, señor Frand. Cuando uno es lanzado contra las rocas de la costa, no se preocupa mucho de la propiedad ajena. Estamos cansados...

Frand movió una mano.

—Bert, Dick, vayan y comprueben si es verdad lo que dice el señor Dotter —ordenó.

Dos de los vigilantes echaron a correr en el acto. Frand quedó frente a la pareja, con el otro sujeto.

—El dueño de Knarbold House es un poco estricto —pareció disculparse—. No les extrañe que trate de comprobar su versión.

—Le comprendo perfectamente, pero, insisto, estamos cansados...

Frand hizo un gesto con la mano.

—Ockie, la radio —pidió.

El otro vigilante se descolgó el transmisor de radio que llevaba pendiente del hombro por una correa y se lo entregó a su jefe. Frand dio el contacto y esperó unos momentos.

—Señor Cavendish —dijo a poco—. Hemos sorprendido a dos naufragos a cuatrocientos metros al oeste de la casa. Dicen que su barco se ha estrellado contra las rocas. He enviado a dos de mis hombres a investigar. Sus nombres son Brian y Emily Dotter.

—Ha hecho usted bien, Rock —sonó la voz de Cavendish—. Si es cierto lo que dicen los señores Dotter, acompáñelos hasta aquí. En

caso contrario, deshágase de ellos.

—Sí, señor Cavendish.

Frاند cerró el contacto y entregó la radio a su subordinado.

—Tendrán que esperar, señor Dotter —dijo fríamente.

Eva se sentó en una roca, con aspecto desmadejado, no del todo fingido. Rath hurgó en sus bolsillos.

—Lo siento, se me ha mojado el tabaco —sonrió.

Frاند les ofreció cigarrillos. Eva dijo que no con la cabeza.

Transcurrieron veinte minutos. De repente, aparecieron los otros dos vigilantes.

—Hay un barco hundido entre las rocas. Sólo asoma el mástil, señor Frاند —informó uno de ellos.

Frاند manejó de nuevo la radio.

—El naufragio es cierto, señor Cavendish —dijo.

—Bien, acompañe a los señores Dotter y acomódelos, de momento, en el salón sur.

—Sí, señor.

Frاند se encaró con la pareja.

—Sígueme, por favor —indicó.

Rath ayudó a Eva a ponerse en pie. Acababan de iniciar la etapa final del asalto a la fortaleza.

* * *

El salón era pequeño, pero confortable dadas las circunstancias. No tenía chimenea, aunque sí un par de buenos radiadores, que emitían un grato calorcillo. Rath se quitó el pesado chaquetón impermeable y quedó con un *pullover* de cuello alto. La indumentaria de Eva era muy parecida.

—¿Crees que se tragarán el cuento, Percy? —preguntó ella.

Rath se puso un dedo sobre los labios.

—Habla lo menos que puedas y siempre de temas intrascendentes —susurró.

Ella hizo un gesto de asentimiento. Comprendía las precauciones de Rath. Tal vez había micrófonos ocultos en alguna parte del salón.

Transcurrió cerca de una hora. La puerta se abrió de pronto.

Un hombre apareció ante la pareja. Era un sujeto de mediana estatura, macizo, casi cuadrado, pelo rubio y muy corto y expresión

impasible.

—Soy Warren, ayudante del señor Cavendish —se presentó—. Les acompañaré a la habitación que les ha sido asignada.

—Muchas gracias, señor Warren.

Rath se inclinó para recoger las mochilas, pero Warren extendió una mano.

—No se molesten, por favor —dijo Warren—. Un criado se las subirá luego a su habitación.

—Como usted quiera, señor Warren.

Rath tomó el brazo de su supuesta esposa y se dirigió hacia la salida. Atravesaron un amplio vestíbulo y subieron al primer piso.

Había otro piso encima. Rath supuso que sus habitaciones se destinaban a alojamiento de los vigilantes.

—Aquí, por favor —indicó Warren—. Debo advertirles una cosa: hasta pasado mañana no llega el barco de suministros, poniendo que no empeore el tiempo.

Entonces podrán dejar la isla, pero no la habitación. El dueño, señor Westerby, es un poco raro y no le gustan demasiado los huéspedes, claro que, en atención a las circunstancias, ha roto su norma habitual.

—Salude al señor Westerby en nuestro nombre y dele las más expresivas gracias —contestó Rath.

—Así lo haré, señor Dotter. Por supuesto, se les servirá de comer en esta misma habitación. Señora Dotter...

Warren cerró la puerta. En voz muy baja, Eva dijo:

—Parece que no se fían, Percy.

—Si yo fuese Westerby, tampoco me fiaría —contestó el joven en el mismo tono.

—Pero ¿no haremos algo...?

—Paciencia —dijo Rath—. De momento hemos llegado intactos a Knarbold, lo que no es poco. Hemos de esperar a que Diana nos diga algo, ¿comprendes? Y ahora, querida, habla en voz alta de temas intrascendentes y no olvides que me llamo Brian Dotter.

Eva sonrió.

—Sí, cariño. —Elevó la voz—. Brian, cariño, creo que hemos tenido bastante suerte en llegar a esta casa.

—Lo mismo opino yo y, aunque tengamos que permanecer aquí, la habitación es muy confortable, ¿no te parece?

Mientras, Warren había llegado a una habitación de la planta baja, donde había tres hombres.

—El señor y la señora Dotter están ya en su habitación, señor Westerby —informó.

—Gracias —contestó el aludido.

—Señor —dijo Cavendish—, ¿no cree que es peligroso haber acogido aquí a esa pareja?

—Si son espías, prefiero tenerlos bajo vigilancia continua —respondió Westerby—. Y si no lo son, no hay por qué temer nada, Mark.

—¡Hum! —intervino Egin, torciendo su boca ratonil en una mueca de escepticismo—. Yo no me fiaría mucho. Odlum Kassner es capaz de hacer cualquier cosa por conseguir la fórmula.

—En ese caso, el mar es muy profundo en torno a Knarbold...

Una voz femenina surgió de pronto de un altoparlante instalado cerca de la mesa:

—Brian, cariño, creo que hemos tenido bastante suerte en llegar a esta casa.

Westerby sonrió complacido.

—Espero que esa chica hable más bajo en los momentos íntimos —dijo de buen humor.

Sonaron algunas risitas. Luego, Egin exclamó:

—Bien, sigamos con lo que estábamos, caballeros. En mi opinión, el próximo paso para la siguiente cifra en la Dinam-N es...

* * *

Rath sacó su pitillera de uno de los bolsillos de la camisa que llevaba bajo el *pullover*. Eva dormía placenteramente.

La pitillera tenía un transmisor de radio. El que había usado al desembarcar estaba escondido entre las rocas.

Pasaron algunos minutos. La voz de Diana sonó tenuemente:

—Aquiles —llamó, según la contraseña convenida.

—Adelante, Helena.

—El laboratorio está en el sótano. Se entra por la puerta situada bajo la escalera, frente a la principal. Cuidado, hay al menos doscientos kilos de Dinam-N.

—Diablos, estamos sobre un volcán —gruñó el joven.

—A mí no me llega la camisa al cuerpo... bueno, las otras prendas —contestó Diana con excelente humor—. No he podido conseguir la llave; tendrás que arreglártelas como puedas.

—Entiendo, pero me interesaría más la fórmula definitiva...

—Tengo entendido que aún falta mucho, Aquiles. Ése es un problema que deberás resolver tú solo.

—Comprendo. En tu opinión, ¿cuál es más importante de los dos? ¿Thitle o Egini?

—Yo diría que Thitle. Egini es un buen colaborador, muy bueno, desde luego, pero sin Thitle no haría nada. Es decir, no sabría pasar de la Dinam-110, que es la máxima cota alcanzada hasta ahora en el explosivo.

—Muy bien. Entonces, ya está tomada la decisión. Me llevaré a Thitle.

—Pero ¿cómo? El barco de suministros no llega hasta pasado mañana...

—Helena, no irás a pensar que he sido tan tonto como para llegar a Knarbold sin tener previsto un medio de retirada rápido.

—Sí, desde luego. ¿Cuándo será la retirada?

—Tocaré la trompeta para que te unas a nosotros —contestó él de buen humor.

—No bromees, Aquiles; esto es mucho más serio de lo que parece.

—Lo sé, preciosa, pero tampoco me voy a echar a llorar por ello.

—Está bien. Voy a cortar, pero antes... ¿quién es esa chica que está contigo?

—Eva Thitle.

—¿Qué? —Respingó Diana.

—Ya lo has oído. Se empeñó en venir conmigo...

—Pero he visto una fotografía de la chica y la que tienes contigo no se parece en nada.

—¿Me parezco yo al Percy que conoces habitualmente?

—Entiendo —contestó Diana—. Voy a cortar...

—Aguarda, una última pregunta. ¿Dónde está el profesor?

—En tu mismo piso, cuarta puerta a la derecha, saliendo de tu habitación.

—De acuerdo. Gracias y corto, Helena.

—Corto, Aquiles.

CAPÍTULO XII

La cabeza de Rath asomó al pasillo. Estaba desierto y la iluminación se había reducido al mínimo.

El bronco rumor del oleaje llegaba desde la costa, envuelto en ululantes ráfagas de viento. El servicio meteorológico había previsto una ligera mejoría del tiempo para las horas siguientes, pero una borrasca se precipitaba rápidamente desde el Norte y el tiempo volvería a empeorar antes del mediodía siguiente.

Rath salió al pasillo. Ni siquiera se le ocurrió entrar en la habitación del profesor Thitle. Lo más urgente era conocer el laboratorio donde se elaboraba aquel infernal explosivo.

Bajó al vestíbulo y llegó a la puerta señalada por Diana. Los pantalones que llevaba puestos eran algo más amplios que lo normal. Metió la mano en un bolsillo, recorrió una cremallera interior y encontró otro bolsillo interior, del que sacó unos cuantos alambres doblados de forma peculiar.

El cuarto intento con la ganzúa le permitió abrir la puerta. Vio un interruptor al alcance de la mano y dio la luz.

La escalera tenía una veintena de peldaños. Rath llegó al final y se encontró en una vasta pieza, en la que había abundantes artefactos de laboratorio, principalmente probetas y matraces, algunos de ellos de complicadísimo diseño, y un par de ellos situados sobre la llama que hacía hervir el líquido contenido en su interior.

Había también un generador, que supuso movido por combustible líquido. En unos cuantos frascos de buen tamaño, divisó un líquido claro, de consistencia siruposa. Se estremeció; allí había nitroglicerina suficiente para hacer saltar la casa en millones de pedazos.

Varios cajones contenían la tierra especial para la fabricación de la dinamita, de la que, supuso Rath, se obtenían las siguientes series del nuevo explosivo, posiblemente, por concentración de las moléculas inestables. Sobre una mesa de recias patas de madera, divisó una pila de tabletas de un tamaño aproximado a las de chocolate, aunque algo más gruesas.

Se acercó a la mesa. Cada tableta estaba numerada. Había tres de cada serie.

Las últimas tabletas de la pila ostentaban un rótulo significativo: Dinam-110. Rath cogió una de las tabletas y la sopesó en la mano.

—Kilo y medio —calculó a ojo.

Lo que suponía que aquella tableta poseía el poder explosivo de ciento sesenta y cinco kilos de dinamita corriente.

Era estremecedor. Se le pusieron los pelos de punta.

—Cuando hayan llegado a la Dinam-250, esta tableta supondrá tanto como doscientos setenta y cinco kilos de explosivo —murmuró.

Había unas cajas más pequeñas en otras mesas. Rath abrió una de ellas y encontró detonadores y mechas.

—Este maldito laboratorio es un volcán a punto de estallar —dijo.

La tableta, más un par de detonadores y un metro de mecha, fueron a parar a uno de los bolsillos interiores del pantalón. Era hora, se dijo, de emprender el regreso.

Giró sobre sus talones. Entonces se encontró frente por frente a un hombre que le apuntaba con una pistola.

—Bien —dijo Egini, con torva sonrisa—, he aquí que mis sospechas se han confirmado. El señor Westerby, en medio de todo, es un ingenuo y creyó en la pretendida historia del naufragio de la pareja Dotter. Un bonito truco, pero que no consiguió engañarme del todo, lord Percival Rathbourne.

* * *

Eva despertó de repente, sobresaltada sin saber por qué. Quizá era la tensión a que estaba sometida, pero su sueño se había cortado bruscamente por causas que ni ella misma habría sabido explicar.

El grito se escapó de sus labios antes de que pudiera volver del todo a la realidad:

—¡Percy! ¿Dónde estás?

Se había encontrado sola al despertarse y ello había aumentado todavía más su sensación de alarma. Inmediatamente, se dio cuenta del error cometido.

Sentada en la cama, musitó:

—Espero que no me hayan escuchado... —Pero no estaba muy

segura de ello y su inseguridad creció más todavía.

Abajo, en el salón, Rock Frand tenía uno de los turnos de escucha. Hasta el momento no había sucedido nada de particular. Las palabras cruzadas entre el supuesto matrimonio Dotter no contenían ningún motivo de sospecha.

Pero, de repente, un grito femenino brotó claramente por el altavoz: —¡Percy! ¿Dónde estás?

Frand estaba medio adormilado y la llamada le espabiló en el acto.

—Ha dicho Percy —murmuró—. Pero él se llama Brian Dotter...

Un relámpago iluminó su mente.

—Diablos, es Percy Rath —masculló.

Y se puso en pie inmediatamente.

Instantes después, llamaba a la puerta de Westerby.

Esperó unos momentos. Westerby asomó poco después, con ojos cargados de sueño.

—¿Qué diablos pasa, Rock? —preguntó.

—Señor, temo que hemos sido engañados. La pareja no son lo que aparentan. Él es Percy Rath.

Los ojos de Westerby se dilataron.

—¿Seguro, Rock?

—Sí, señor. Ella ha gritado de pronto. Le ha llamado Percy. Me ha dado la sensación de que despertaba sobresaltada... o tal vez hablaba en sueños...

Westerby se mordió los labios.

—¿Ha dicho él algo? —preguntó.

—No, señor. Sospecho que la chica está sola en su dormitorio...

—Está bien, vigila la puerta. Yo avisaré a Warren para que alerte a los demás.

—Sí, señor.

Frand se alejó hacia la puerta del dormitorio que ocupaba la muchacha. Revisó la metralleta y se situó en aquel punto, dispuesto a no dejar pasar a Rath cuando regresara a su alojamiento.

El grito de Eva despertó también a Diana Growstone. La joven tenía su receptor bajo la almohada. Rath había dejado conectado el suyo, con objeto de que Diana pudiera recibir sonidos, caso de que ocurriese algo en la estancia donde habían sido alojados.

Diana comprendió inmediatamente lo ocurrido.

—Esa chica ha metido la pata —se dijo.

Saltó de la cama y se vistió rápidamente con un *pullover* negro y pantalones del mismo color. Atóse el pelo con una cinta y salió al pasillo.

—Lo que me suponía —murmuró, al ver a Frand ante la puerta del dormitorio de los supuestos náufragos.

Simulando un bostezo, avanzó hacia Frand.

—¿Ocurre algo, Rock? —preguntó.

—El señor Westerby me ha ordenado que me sitúe aquí y no deje entrar a nadie —contestó el esbirro hoscamente.

—Ah, ya —murmuró la joven.

Y simuló dar media vuelta, pero, de repente, se volvió y atacó a Frand.

El hombre, sorprendido, apenas si pudo reaccionar. Antes de que se diera cuenta de lo que le ocurría, perdió el sentido.

La metralleta pasó a poder de Diana, que abrió la puerta sin pérdida de tiempo. Eva la miraba desde la cama, con ojos desmesuradamente abiertos.

—Vamos, ayúdeme a entrar a este hombre al dormitorio —pidió Diana apresuradamente.

Eva reaccionó. Instantes después, Frand yacía en el suelo de la estancia.

Diana se asomó a la puerta. En el mismo instante oyó voces en el vestíbulo.

Un tropel de hombres apareció súbitamente por la entrada principal. Warren iba al frente de todos ellos.

Diana disparó una ráfaga por encima de sus cabezas.

—¡Quietos! —gritó—. ¡Tiren sus armas al suelo y levanten las manos en el acto!

* * *

—Celebro su intuición, Egini —sonrió Rath—. ¿O prefiere que le llame profesor?

Egini hizo un gesto ambiguo.

—Los tratamientos no me interesan —contestó.

—Sólo el dinero.

—Me emociona —dijo Egini cínicamente.

—Le emociona tanto como para ordenar unos cuantos asesinatos,

por ejemplo, el de Clarissa Curmont.

La cara de Eginí se crispó.

—Sabe demasiado —dijo.

—Demasiado, en efecto —convino Rath tranquilamente—. Tanto para suponer que, pretendiendo colaborar con Westerby, lo que realmente deseaba de él era obtener su financiación, con objeto de quedarse un día dueño y señor de la fórmula.

—¿Qué le hace suponer tal cosa? —preguntó Eginí.

—Un tipo llamado Yarrell, que solía ir con frecuencia a El Halcón de Cabeza Dorada. Alguien le llamó en su nombre, probablemente, Cavendish.

—Es usted muy listo, Percy Rath, pero no saldrá vivo de aquí.

—Usted tiene una pistola en la mano. Yo estoy desarmado.

—Es un justo reconocimiento de mi situación —dijo Eginí.

Rath dio dos pasos hacia su izquierda.

—¡Eh, qué hace! —gritó Eginí.

—Esa pistola es muy potente. Me traspasará el cuerpo. Detrás de mí está la dinamita.

Eginí lanzó una maldición.

—Usted ha venido a interferir mis planes. No puedo consentir que siga viviendo.

—¿Se lo dirá a Westerby?

—¿Qué es lo que tengo que decirle?

—Simplemente, el hecho de que le haya tomado como un juguete para conseguir así sus propios fines. Secuestrando, incluso, a Thitle, cosa que Westerby aprobó. Pero quizá Westerby no sepa que Thitle podría desarrollar la fórmula sin usted, mientras que usted no pasaría de la Dinam-110.

—Sabe muchas cosas de mí. ¿Dónde ha aprendido tanto?

—Yo también tengo mi propio servicio de espionaje —sonrió el joven.

—Marlene Itford —acusó Eginí.

—No, ella no sabe nada, si bien es cierto que me proporcionó valiosos informes. Pero, naturalmente, no le voy a dar el nombre de mi confidente.

La mente de Eginí funcionó a toda presión durante algunos instantes.

—Ya está —dijo al cabo—. La nueva secretaria.

Rath calló. Eginí sonreía.

—Ahora lo comprendo —prosiguió—. El atropello de Marlene Iltford fue simulado, aunque ella fuese a parar al hospital. El caso era quitarla de en medio para que Diana ocupase su puesto.

—Tampoco es usted tonto, Eginí —dijo Rath.

—Diana trajo unas magníficas referencias, tengo entendido...

—Falsificadas por unos buenos amigos míos.

—Inteligente, muy inteligente... pero aquí se acaba la historia del último lord Rathbourne.

—No quiere que Westerby sepa que usted le traiciona, ¿eh?

—Imagínese. Pero ¿cómo llegó a saberlo?

—Aparte de otros detalles de casi nula importancia, le citaré la casa donde Eva Thitle fue secuestrada por segunda vez, en Barlyshare. Pertenece a un tal Egisto Eginí, nacionalizado británico hace diez o doce años. Se me ocurrió informarme del nombre del propietario. Podía resultar un detalle interesante.

—Tal vez Westerby dispuso que la chica fuese escondida allí.

—Westerby la hubiese despachado inmediatamente para Knarbold. Usted quería tener a Eva en su poder para presionar a Thitle directamente, pero a espaldas de Westerby. Juraría que Westerby se siente inclinado a quedarse ya en la cifra ciento diez de la nueva dinamita. Usted no, usted es más ambicioso... y piensa en los cinco millones de libras que pagaría el Departamento de Guerra por la fórmula.

Eginí suspiró.

—Y que un hombre tan listo e inteligente tenga que morir —dijo con fingida melancolía.

—Un momento, por favor, Egisto —pidió Rath—. Ya que me va a matar, déjeme morir con mi cara habitual. Me quitaré el bigote y la barba y...

En aquel momento se oyó arriba una ráfaga de ametralladora.

CAPÍTULO XIII

La voz de Diana llegó claramente hasta el laboratorio.

—¡Quietos! ¡Tiren las armas y levanten las manos!

Se oyó ruido de hierros que chocaban contra el suelo. Aquellos sonidos distrajeron un instante a Eginí.

Rath se lanzó agachado hacia adelante. Cuando Eginí quiso reaccionar, era ya demasiado tarde.

La cabeza de Rath chocó contra su pecho. Eginí era mucho más endeble y perdió el conocimiento en el acto.

Rath se apoderó de su pistola y corrió escaleras arriba. Con la mano izquierda, se arrancó de un tirón el bigote y la barba postizos.

Al llegar a la puerta, oteó la perspectiva.

Cinco o seis vigilantes estaban en pie, a dos pasos del portón, con las manos en alto. Las armas yacían en el suelo.

En el mismo instante se oyó arriba un pequeño grito.

Rath levantó la cabeza. Alguien, surgiendo sigilosamente por detrás, había atacado a Diana, golpeándole la muñeca, de modo que la metralleta saltó de sus manos.

Pero la joven reaccionó fulminantemente. Giró a medias e hizo presa en su atacante, que voló unos instantes por los aires, antes de iniciar un espectacular descenso a trompicones por la escalera.

Rath percibió un movimiento entre los vigilantes. La uña de su dedo pulgar rascó con fuerza un determinado sitio de la barba postiza, justo en el hueco correspondiente a su mentón.

Inmediatamente, barba y bigote, hechos un ovillo, volaron por los aires. Los vigilantes se precipitaban ya hacia sus armas y, en el mismo momento se produjo un vivísimo fogonazo, de indescriptible violencia.

Rath había tenido la precaución de ponerse un brazo ante los ojos, que ya había cerrado, pero, aun así, percibió el resplandor. Sonaron gritos de asombro y de dolor.

—Pero ¡qué bruto eres, hijo! —gritó Diana, cegada, desde lo alto de la escalera.

A tientas, quiso recobrar la metralleta. Rath inició el ascenso hacia

el piso superior, mientras los vigilantes trataban de recobrarse. Apenas había llegado a la mitad de la escalera, un hombre armado surgió y agarró a Diana por un brazo, a la vez que apoyaba la pistola en su sien.

—Rath, no dé un paso más o la mataré —amenazó Westerby.

El joven se quedó inmóvil. La amenaza de Westerby era completamente real.

Cavendish yacía al pie de la escalera, quejándose sordamente. Los vigilantes empezaban a recobrarse.

Rath procuró mantener la serenidad.

—Señor Westerby, deseo hablar con usted —manifestó.

Eva apareció en aquel momento.

—¡Mi padre! ¿Dónde está mi padre? —gritó.

Una puerta se abrió en aquel momento.

—¿Qué sucede? —exclamó un hombre—. ¿Qué es todo este escándalo?

—¡Papá! —gritó Eva.

Los ojos de Edward Thistle se desorbitaron.

—¡Eva, hija! ¿Qué haces aquí? —se asombró.

—Un encuentro conmovedor, ¿no le parece, señor Westerby? —dijo Rath, sonriendo.

Hubo un momento de *impasse*. Westerby, sin embargo, mantenía su pistola bien pegada a la sien de Diana.

—Le he hecho una proposición —insistió Rath—. Deseo hablar con usted, señor Westerby.

El interpelado vaciló. De pronto, Frand, tambaleándose y algo aturdido todavía, salió al corredor.

—¡Frand! —exclamó Westerby—. ¡Ahí tiene una metralleta!

El individuo dio señales de reaccionar. Se enderezó y, aunque todavía con paso torpe, caminó en busca del arma.

Rath ascendió dos escalones más.

—¡No suba! —gritó Westerby—. ¡Quédese donde está!

El joven no se inmutó.

—Estoy desarmado —mintió—. Quiero hablar con usted en un lugar discreto, aunque siga conservando a Diana como rehén.

—Bueno, ya no me importa mucho —sonrió Diana—. Creo que ya he calentado la boca del cañón con mi piel. Estaba muy fría.

Rath le dirigió un amistoso guiño. Thistle y Eva contemplaban la

escena atónitos.

—Está bien —accedió Westerby finalmente—. Hablaremos en mi dormitorio. Warren, quédese vigilando...

—Ellos deben entrar también —dijo Rath.

—Conforme. Warren, usted se encargará del profesor y de su hija. Yo me ocuparé de mi desleal secretaria —decidió Westerby—. Pero en cuanto a usted, Rath, si intenta alguno de sus trucos, le aseguro que Diana Growstone irá al infierno en primer lugar.

—Muy bien acompañada por la hija del profesor —añadió Frand truculentamente.

Súbitamente, se oyó un grito en la escalera.

—¡Señor Westerby! —gritó Cavendish, que ya se había recuperado—. ¡No le haga caso; es un embaucador! ¡Va a gastarle una jugarreta...!

Rath se volvió y miró a Cavendish con la sonrisa en los labios.

—¿Cómo se atreve a prohibir a su jefe que sostenga una conversación con quien mejor le apetezca?

Cavendish se quedó cortado. Westerby gruñó:

—Hablaré con él —dijo—. Abajo veo a seis de los vigilantes; todavía quedan otros tantos en el exterior. Rodeen la casa; de este modo, no podrán escapar, aunque consiguiese tenderme mía trampa.

Rath se dio cuenta de que Cavendish se mordía los labios furiosamente. Temiendo una reacción del ayudante, ascendió a toda prisa los escalones que faltaban para llegar al corredor y saltó a la izquierda, resguardándose tras una de las esquinas.

—No me fío de Cavendish —dijo.

—En su situación, le comprendo —respondió Westerby—. Adentro todos y usted, Frand, no olvide mis órdenes.

—Sí, señor —contestó el esbirro.

* * *

Rath contempló unos momentos al profesor Thitle, un hombre de unos cuarenta y cinco años, de aspecto distinguido y que ofrecía una apariencia increíblemente juvenil, sin una sola cana aún en las sienes. Hubiérase dicho que era el hermano mayor de Eva.

Frاند se mantenía alerta, metralleta al puño, detrás de padre e hija.

Westerby continuaba en la misma posición, sin soltar a Diana y amenazándola de continuo.

—Vamos, hable de una vez, Rath.

—Egini le traiciona —dijo el joven.

Westerby le miró sorprendido. Luego, de repente, soltó una carcajada.

—¿Era eso todo lo que iba a decirme? —exclamó—. Pero ¡qué truco más burdo...!

—No es un truco, sino la expresión de la realidad. Egini lo ha admitido.

—¿Dónde está ahora? —Gruñó Westerby.

—En el laboratorio, durmiendo a consecuencia de un golpe que yo le he propinado. Pero si no me cree a mí, interroque al profesor.

Westerby volvió los ojos hacia el aludido.

—¿Thitle?

—¡Hum! —dijo el profesor—. No puedo afirmar nada, aunque, a decir verdad, tampoco me extrañaría en absoluto.

—No acepto sospechas, quiero pruebas —pidió Westerby.

—Muy bien —dijo Rath—. Usted dio la orden de secuestrar a Eva Thitle.

—Sí, es cierto.

—Con ella en su poder, usted podría presionar al profesor quien, al parecer, se negaba a seguir adelante en sus investigaciones.

—Lo admito. Pero usted fue más inteligente y la rescató.

—¿Cuántas veces, señor Westerby?

El hombre se quedó parado.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir? Ella fue secuestrada y usted consiguió encontrarla y...

—Insisto en la pregunta, señor Westerby. ¿Cuántas veces rescaté a la señorita Thitle?

—Fueron dos —intervino súbitamente Eva—. La segunda vez, Percy me rescató de una casa situada en las afueras de una aldea llamada Barlyshare.

—Propiedad de un tal Egisto Egini —añadió Rath con plácido acento.

Westerby estaba desconcertado.

—Me gustaría creerles —dijo.

—Llame a Egini —sonrió el joven—. Aunque lo negará, claro está.

Lo mismo que Cavendish, socio de Egini.

—¿Qué está diciendo? ¿Se atreve a acusar a uno de mis mejores hombres de confianza? —tronó Westerby.

—De Cavendish no tengo pruebas, pero ¿quién mejor que él para jugar su doble juego, mientras estaban en Londres? En todo momento cumplió sus instrucciones de quitarme de en medio, empleando todos los procedimientos. Ahora bien, cuando, por lo visto, se recibieron las noticias de la negativa de Thitle a continuar los trabajos de investigación y se pensó en el secuestro de Eva, él obedeció la primera vez. Pero ¿cómo es que no se llevó a Eva inmediatamente de su casa? ¿Por qué había de dejar a sus secuestradores allí con la muchacha, hasta que llegase yo, a llevármela con las consiguientes dificultades, pero a decir verdad, sin demasiados esfuerzos?

Westerby parecía digerir la parrafada del joven. Rath tomó aliento y añadió:

—Pregúntele a ella a qué hora llegaron Burr y el otro y por qué no se la llevaron en el acto.

—Mis primeros secuestradores llegaron poco después de mediodía —declaró Eva.

—El tiempo justo de llegar de mi casa, donde acababan de estar, persiguiendo a la falsa Eva Thitle, interpretada por Marlene Ilford —dijo el joven—. Una vez que yo hube descubierto el engaño, parecía lógico que fuese a rescatarla, como así sucedió.

—Pero ellos no tenían por qué saber que usted había descubierto la bomba —alegó Westerby.

—Claro que no. Creían que a medianoche estallaría la bomba. Ignoraban dos cosas: primera, que yo descubriría el artefacto. Segunda, que usted también ignora que, en el mejor de los casos, la bomba no estallaría jamás. El explosivo era simple conglomerado de corcho.

Westerby se quedó con la boca abierta.

—Pero ¿por qué? —exclamó.

—¿Es que no lo comprende, hombre de Dios? Yo rescaté a Eva y Cavendish se lo informó así, porque sabía que yo trataría de esconderla en algún lugar discreto. Hombre bien informado, enseguida dedujo el escondite de la muchacha. Para usted, Eva permanecía en ignorado paradero. El, en cambio, sí sabía dónde

estaba Eva y, teniéndola en su poder, Cavendish y Egini sí hubieran podido presionar sobre el profesor y darle a usted de lado al final de las investigaciones.

La mano de Westerby se bajó.

—Creo que comprendo —murmuró, anonadado.

—Cavendish no le dijo nunca que tenía a Eva por segunda vez; era un arma contra el profesor y contra usted. Pero Marlene había oído un nombre y me lo dijo. Investigué... y averigüé el paradero de Eva.

—Entonces ellos pretendían...

—Lo mismo que pretendía usted de Kassner, señor Westerby.

El negociante soltó una gruesa interjección.

—¡Kassner es otro sinvergüenza! —tronó—. El trato primitivo era de hacer las cosas a medias, pero él había preparado ya todo para llevarse a Egini y a Thitle, es decir, hacer lo mismo que hice yo. Me enteré y le gané por la mano, eso es todo. ¿De qué se queja si también él jugaba sucio?

Rath sonrió divertidamente.

—Todo esto ha sido un magnifico embrollo —dijo—. Unos se engañaban a otros... Lo malo es —añadió, repentinamente serio—, las vidas que se perdieron por la ambición y la codicia de unos cuantos.

—Lo mejor de todo es que se han molestado en balde —intervino Thitle—. Aún ignoran ustedes por qué quise suspender las investigaciones.

—Bueno, dígalo usted, profesor —solicitó Rath.

Thitle no pudo continuar. Alguien abrió la puerta un poco y asomó una mano armada.

La pistola disparó varias veces seguidas. Westerby lanzó un grito ahogado y se desplomó al suelo.

CAPÍTULO XIV

Las mujeres chillaron. Rath se dejó caer a un costado, volviéndose hacia la puerta al mismo tiempo. Frand, indeciso, no sabía qué hacer.

—¡Dispare a la puerta, hombre, dispare! —gritó el joven, mientras forcejeaba por sacar su pistola de aire comprimido.

Frاند envió una ráfaga de balas hacia la puerta. El estrépito resultó ensordecedor. Saltaron astillas con violencia.

Rath se incorporó cautelosamente y abrió con todo cuidado. Una voz llegó súbitamente desde el vestíbulo:

—¡No les dejen escapar, muchachos! ¡Han matado al señor Westerby!

—¡Qué canalla! —musitó el joven—. Ahora quieren cargarnos con la culpa...

De súbito, creyó percibir un leve jadeo en el exterior, a cuatro pasos de distancia. Lentamente, sacó la pistola y se dispuso a actuar.

Con la mano izquierda abrió la puerta, a la vez que se arrodillaba. Proyectó el cuerpo hacia adelante y salió al pasillo.

Una pistola tronó por encima de su cabeza. Rath envió un proyectil perforante al pecho de Warren.

El forajido se desplomó, fulminado. Rath oyó un tremendo golpazo y se volvió. Diana acababa de desarmar a Frand, por medio de un par de hábiles llaves de judo.

—¡Bravo, muchacha! —elogió.

Diana se le acercó con la metralleta en la mano.

—No te expongas —aconsejó él.

Arrastrándose cautelosamente, llegó al arranque de la escalera. Desde allí divisó a Cavendish y a Egini, delante de un grupo de hombres armados.

—¡Rath! —gritó Cavendish.

El joven no contestó. Retrocedió con el mismo sigilo y entró en la habitación. Sacó su pistola de aire comprimido y tiró de un cable que se desenrollaba en la culata. Luego entregó el arma a Eva.

—Conecta el cable a una toma de corriente —dijo—. La culata lleva

un diminuto compresor, que se parará cuando haya alcanzado la presión requerida.

—Entendido —contestó ella.

Diana estaba junto a la puerta.

—Revisa el cargador —aconsejó Rath—. Me parece que ya no deben de quedar muchas balas. La pistola de Warren está vacía.

Diana obedeció también. Mientras, Rath sacó la pastilla de Dinam-110 y, con los dedos, partió un trozo de unos veinte gramos.

—Cuidado —dijo Thitle—. Todavía está activa.

Rath hizo un gesto de asentimiento, sin entender muy bien el significado de aquellas palabras. En el vestíbulo, Cavendish volvió a gritar.

—¡Rath! ¡Hay dos mujeres! Por ellas entréguese usted; de lo contrario, asaltaremos la habitación, suceda lo que suceda.

—Hasta el último de sus cipayos, ¿verdad? —contestó el joven alegremente, sin dejar de trabajar.

—¡Escuche, Rath! ¡Tenemos en el laboratorio enormes cantidades de explosivos! No nos obligue a hacer uso de ellos...

Rath ya tenía preparada su pequeña bomba. Se puso en pie, sacó el encendedor y prendió fuego a la mecha.

—¡Cavendish! ¿Olvida que yo también he pasado por el laboratorio? —exclamó.

El fragmento de Dinam-110 salió disparado a través de la puerta, describió una parábola en el aire y voló hacia el vestíbulo.

Sonaron gritos de terror. Los que estaban abajo se atropellaron en su afán de huir de la explosión.

La casa pareció que se iba a hundir cuando el explosivo deflagró. Saltaron muchos cristales y trepidaron las paredes.

Rath se arriesgó a asomarse. Una salva de ametralladora le saludó rabiosamente desde abajo.

—No he conseguido nada —dijo—, pero, al menos, les mantengo a raya.

—¿Hasta cuándo, Percy? —preguntó Diana.

Rath miró a través de una de las ventanas.

—Faltan aún dos horas para amanecer. Sesenta minutos más tarde, llegará un helicóptero —contestó.

—Tres horas —suspiró Eva—. Nos parecerán tres siglos.

El profesor Thitle reaccionó de pronto.

—Por favor, déjenme —pidió—. Voy a ver si consigo hablar con Egini. Quiero decirle que están perdiendo el tiempo.

—Cuidado, papá —advirtió Eva.

—Quédate tranquila, hija —sonrió el profesor.

—De todas formas, no asome más que la punta de la nariz —aconsejó Rath.

Thitle hizo un gesto de aquiescencia. Luego se acercó a la puerta y gritó:

—¡Egini! ¡Quiero hablar contigo! ¡Escúchame un momento!

* * *

Egini lanzó un aullido de rabia después de que Thitle hubo expuesto sus argumentos.

—¡Eso es mentira! —gritó—. Sólo se trata de un ardid para ganar tiempo.

—El profesor habla en serio —dijo Rath—. Usted, Egini, no es sino un químico mediocre, bueno, todo lo más, para dirigir una fábrica de alimentos para perros vagabundos.

Egini se enfureció al escuchar aquellas palabras.

—¡Suban todos! —gritó—. Ataquen, sin piedad...

Los vigilantes que estaban en el vestíbulo permanecieron inmóviles.

—¿Es que no me han oído? —chilló Egini.

—¡Vamos, suban! ¡Se les paga para ello! —agregó Cavendish.

Una metralleta cayó al suelo.

—El trato era vigilar la casa y defenderles a ustedes —dijo uno de los vigilantes—. Pero todas las cosas tienen su límite.

—Warren ha matado al señor Westerby por orden de ustedes dos —agregó otro—. Empezamos a darnos cuenta de que ellos, tienen razón.

Egini estaba lívido de ira.

—¡Les daremos doble paga...!

—¿De qué nos servirá en la sepultura? —contestó el primero que había hablado.

—Además, Rath tiene explosivo en cantidad. No nos gustaría saltar por los aires —dijo otro.

Aquellas palabras remataron la cuestión. Impotentes, Cavendish y Egini se vieron obligados a ver cómo les abandonaban los

vigilantes, a los que, sin embargo, no se atrevieron a atacar, temerosos de sus reacciones.

Egini estaba loco de rabia. De repente, echó a correr hacia el laboratorio.

—¡Esto lo arreglo yo ahora mismo! —chilló—. Cuida de que no salgan de su habitación, Mark.

Cavendish quedó en el vestíbulo, completamente irresoluto. Harto se percataba de que había perdido la partida.

La pistola de Rath ya estaba cargada de nuevo. El joven se asomó a la puerta cautelosamente y apuntó a Cavendish con el arma.

De repente, Cavendish gritó:

—¡Rath! Usted convenció a Westerby. ¿Cómo lo consiguió?

El joven se echó a reír.

—Le dije muchas cosas, aunque se me olvidó una muy importante. Usted tenía que haber ido a El Halcón de Cabeza Dorada, para entrevistarse con Yarrell, pero no lo hizo. ¿Para qué lo iba a hacer, si usted hablaba con él por teléfono, a espaldas de Westerby, empleando la contraseña ideada por Egini?

Cavendish se quedó parado un instante. Fue a decir algo, pero, en el mismo instante, se oyó un chillido horrible que procedía del laboratorio.

* * *

Egini llegó al laboratorio, terriblemente excitado, con la única ansia de asaltar el dormitorio a cualquier precio. Agarró una tableta de Dinam-110, pero su mismo nerviosismo le impulsó a pasar muy cerca de un gran matraz, lleno de líquido, que burbujeaba al influjo de una débil llama de gas.

Su codo izquierdo derribó el matraz, que se rompió en el acto. Una tremenda llamarada se elevó instantáneamente. Largos chorros de líquido inflamable saltaron hacia sus ropas.

Egini emitió un espeluznante alarido. Convertido en una antorcha humana, apareció en el vestíbulo, sobresaltando a Cavendish, que abandonó por unos instantes la vigilancia de Rath.

—¡Sálvame, sálvame! —chillaba Egini, en el paroxismo del dolor.

Rath disparó un proyectil perforante. Cavendish aulló y cayó de espaldas, con el hombro derecho atravesado.

Enloquecido, perdida ya la razón, Egini se desplomó sobre el caído, cuyas ropas empezaron a arder también en el acto. Los alaridos de Cavendish eran horripilantes.

Rath descendió la escalera de dos en dos, dispuesto a ayudar a los asesinos. La voz de Thitle sonó tras él:

—¡No pierda el tiempo! ¡Hay que escapar de aquí cuanto antes!

Rojos resplandores salían por la puerta del laboratorio. Rath se aterró un instante, pero, enseguida supo reaccionar.

—Profesor, si no me equivoco, ni la dinamita ni la nitroglicerina deflagran con el fuego —dijo.

—Eso es cierto, pero los frascos de nitroglicerina reposan sobre estantes de madera. Las llamas prenderán en ellos, los frascos caerán al suelo y...

A Rath se le pusieron los pelos de punta.

—Entonces sí que estallarán —dijo.

—Y el —resto de la Dinam-110, probablemente, también— afirmó Thitle.

—Saque a las mujeres —ordenó Rath.

Cavendish y Egini eran ya sólo dos cuerpos inmóviles, de los que brotaban llamas y un olor nauseabundo. Rath volvió al dormitorio y arrastró al aturdido Frand.

Corrieron hacia el exterior. Los vigilantes, aturdidos, no sabían qué hacer.

—Huyan —gritó el joven—. Váyanse pronto, todo lo lejos que puedan.

Minutos más tarde se produjo la explosión.

Un monstruoso chorro de llamas subió a lo alto, disipando durante unos segundos las tinieblas. Luego llegó el fragor de la explosión. La isla trepidó como sacudida por un terremoto.

Rath se acercó al lugar de la explosión cuando hubo luz diurna.

La casa había desaparecido por completo. En su lugar había un enorme hoyo ennegrecido y todavía humeante. Parte del conglomerado basáltico se había venido abajo también.

El helicóptero llegó puntualmente. Cuatro personas subieron a bordo.

—Oye, Eva —dijo Diana, cuando el aparato remontaba ya el vuelo—, ¿sabes que tienes un padre muy atractivo?

Thitle carraspeó para aclararse la garganta.

—Y a la completa disposición de cualquier joven encantadora que desee hacerme salir de mi estado de viudez —manifestó.

Diana le guiñó un ojo.

—Ya hablaremos de eso, «profe» —contestó alegremente.

* * *

Percy Rath depositó sobre la mesa de despacho una pastilla envuelta en papel de estaño, un cuaderno de apuntes y una nota.

—Lo consiguió —dijo Kassner.

—Sí, señor. Por favor, lea antes la nota de gastos y añádala al cheque de cincuenta mil libras —rogó el joven.

Kassner obedeció. Al terminar, pegó un salto.

—Una nota muy elevada...

—Que sobrepasa ampliamente a las dos mil quinientas que usted me entregó como anticipo. Descuento esta cifra de la cantidad total y hágame el cheque, por favor.

Kassner ya no puso más objeciones. Escribió el cheque, lo firmó y se lo entregó al joven. Rath halló la cifra conforme y se guardó el cheque.

—Y ahora, ahí tiene una muestra de la Dinam-110 —dijo—. Los apuntes están al lado. Thitle renuncia a seguir sus investigaciones en ese campo.

—¿Por qué? —se extrañó Kassner.

—Los sabios son gente rara —contestó Rath evasivamente—.

¿Quiere ver cómo es la Dinam-110?

Kassner quitó el papel de estaño. Rath había encendido un cigarrillo mientras tanto y hundió el fósforo, aún encendido, en la masa explosiva.

—¿Está loco? —chilló Kassner, echándose hacia atrás en el sillón—. ¡Vamos a saltar en mil...!

—No tema —sonrió Rath—. Ese explosivo es completamente ineficaz. La Dinam-N sólo es activa durante una semana, aproximadamente. Thitle lo ha demostrado de forma concluyente. Kassner abrió la boca.

—Y, en grandes cantidades, la rapidez de su pase al estado inactivo es aún mayor —añadió el joven—. De todas formas, si no se fía de mí, ahí tiene los apuntes de Thitle y una muestra del explosivo.

Entregue todo a un químico de solvencia; recibirá una respuesta análoga.

Kassner se sintió anonadado. Rath decía la verdad.

—Entonces, he perdido el tiempo...

—Sí, y me alegro de ello porque, a fin de cuentas, Westerby no hizo sino lo que usted pretendía hacer y no consiguió por anticipársele él.

Rath se quitó el cigarrillo de la boca y lo aplastó contra el inofensivo bloque de Dinam-N.

—¡Adiós, señor Kassner! —Ni se despidió del aturdido financiero.

—¡Oiga! —chilló Kassner—. Si no ha conseguido lo que yo le pedí, deberá devolverme...

—Amiguito, un trato es un trato... y si usted intenta cancelar el cheque antes de que yo lo haga efectivo en el Banco, sacaré a relucir ciertas grabaciones que le harán arder. Si la Dinam-N no es efectiva, la culpa, por supuesto, no se me puede achacar en absoluto.

—De modo que grabó todas nuestras conversaciones...

—Sin omitir una sola —puntualizó Rath con brillante sonrisa—. Y gracias por el cheque; ahí afuera está aguardándome una encantadora joven, que ansia convertirse en *lady* Rathbourne. Eso siempre comporta muchos gastos, créame, señor Kassner.

Rath se dirigió hacia la puerta. Oyó un ruidito y se volvió.

Kassner, rojo de ira, tenía el paquete de explosivo en la mano. El joven se agachó a tiempo.

—¡Truhán! —chilló Kassner.

La tableta chocó contra la puerta de recios paneles de roble y cayó al suelo, deshaciéndose en un polvillo gris amarillento de repulsivo aspecto.

Rath empujó el montoncito de polvo con un pie.

—Hágalo recoger con mucho cuidado —dijo—. Vale cincuenta mil libras.

Kassner no tenía fuerzas para hablar. Rath abrió la puerta.

Eva aguardaba en el vestíbulo. Al verle aparecer, se puso en pie y le dirigió una radiante sonrisa.



Luis García Lecha. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.